

1931

CONCEPTUACIÓN DE OFICIALES

POR EL CORONEL

D. NICETO MAYORAL Y ZALDIVAR

1.^{er} JEFE DEL REGIMIENTO DE INFANTERÍA, BAILÉN N.º 24

CON UN PRÓLOGO

DEL

Exmo. Señor Don Amós Salvador

*De las Reales Academias de Ciencias Exactas, Físicas
y Naturales, y de Bellas Artes de San Fernando*



LOGROÑO:

Imprenta, librería y encuadernación de EL RIOJANO
Portales, 90 y 92


1902

NO SE PRESTA

T=76042
c 208062

R
3204

Regalada a esta Biblioteca, en el
Coronel de Ingenieros D. Antonio Otero,

Abil Pro


Conceptuación de Oficiales (1)

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208062

R 003204

(1) Usamos la palabra *conceptuación* por ser la que en el Ejército se emplea para la calificación de los Oficiales.

CONCEPTUACIÓN DE OFICIALES

POR EL CORONEL

D. NICETO MAYORAL Y ZALDIVAR

1.^{er} JEFE DEL REGIMIENTO DE INFANTERÍA, BAILÉN N.º 24

CON UN PRÓLOGO

DEL

Excmo. Señor Don Amós Salvador

*De las Reales Academias de Ciencias Exactas, Físicas
y Naturales, y de Bellas Artes de San Fernando*



2. 87-270

LOGROÑO:

Imprenta, librería y encuadernación de EL RIOJAÑO
Portales, 90 y 92

1902



Es propiedad del autor,
y queda hecho el depósito
que marca la ley.



*A los Jefes y Oficiales del Regimiento de
Infantería, Bailén núm. 24.*

MIS QUERIDOS COMPAÑEROS:

*Cosa mejor quisiera ofreceros, pero el que
dá lo que tiene, no está obligado á dar más.
Debo advertiros que si algo bueno encontrais en
estas pocas páginas, que os dedico, no es mio:
está diluido en una porción de obras que
conoceis.*

*Trato, únicamente, en este libro de recordaros
el índice de los conocimientos que teneis, por si
quereis refrescarlos con la lectura de otros
mejores.*

Vuestro Coronel, compañero y amigo

Niceto Mayoral

PRÓLOGO

No puedo negar que, uniéndome al autor de este libro entrañable amistad, no interrumpida jamás desde la niñez, he de estar siempre en las mejores disposiciones de ánimo para hallar bueno todo lo suyo, porque lo he de mirar inexcusablemente, no solo con invencible simpatía, sino con verdadero cariño.

Pero no puedo creer que me ciegue la pasión al afirmar que, cuando se leen las cosas que él escribe sobre asuntos militares, se experimenta aquel placer que proporcionan siempre las cosas bien sentidas.

¡No sé yo quièn podrá superarle, entre sus compañeros, en amor á la carrera, entusiasmo por su arma, fé en la disciplina, adhesión á la ordenanza, apego al cumplimiento estricto del deber, confianza en el estudio, ni en ideas más acabadas del honor ni en culto más ferviente hacia cuanto atañe á la de Patria!

Así es que los «Consejos á sus hijos» no pueden ser leídos sin emoción. Y no otra cosa que «nuevos consejos á otros hijos,» puesto que como á tales considera cuantos á sus órdenes sirven, es este libro que á sus compañeros del Regimiento dedica y que titula **Conceptuación de oficiales.**

Todos cuantos extremos abarca el servicio militar, en paz ó en guerra, se hallan tan lacónica como atinadamente tocados, y, en suma, viene á decir á sus compañeros de armas: «Así concibo yo á los oficiales del Ejército, á todo eso ha de atenderse para conceptuarlos debidamente; todo eso quisiera que fuéramos, haciéndonos así nosotros mismos y entre nosotros; por ese camino voy y en él me seguiréis seguramente; pero quiero entregaros las razones en que se basan mis convencimientos, para que no se confundan con impresiones pasajeras, basadas en ideas de regeneraciones impremeditadas.»

Y eso es de una exactitud incuestionable. Los oficiales han de ser y saber todo eso; pero se han de hacer y lo han de aprender en los Cuerpos, discutiendo y practicando con sus compañeros, sin que nadie pretenda el

absurdo de que basten para ello las Academias.

Es intento vanísimo el de pensar que de los centros docentes puedan salir jamás acabados médicos, arquitectos, abogados ó ingenieros, cualesquiera que sean el rigor de las pruebas, las teorías que se enseñen ó las prácticas que se realicen, porque el llegar á ser eso, es para cada uno la labor de toda la vida. Esos centros enseñan á manejar sin extrañeza la materia, dan los fundamentos de cuanto á cada profesión concierne, disponen para que cada uno por sí mismo ahonde más estudiando con fruto, avivan los entusiasmos, señalan los caminos, y con todo esto, no hacen poco ciertamente; pero no llegan á más ni debe esperarse más de ellos, ni pudieran pretender en sano juicio que se hiciera en el espacio de unos pocos años la labor que es, acaso, excesiva para una vida entera, si no es larga y bien aprovechada. Ningun género de prácticas ó experiencias, además, pueden tener el mismo valor cuando se realizan sin más aspiraciones que las de aprobar un exámen, que cuando se ejecutan en el pleno de la responsabilidad que se contrae cuando una

profesión se ejercita. Nadie proyecta lo mismo un puente ó defiende un pleito ó extiende una receta cuando piensa con ello ganar un curso, que cuando puede salir mal el defendido, morir el enfermo ó hundirse la obra, porque así se pierden todos los cursos de la carrera y la carrera misma, puesto que se pierde la reputación y el porvenir.

Pero la práctica de las profesiones civiles es su fin, y no se consigue éste sin aquella, por lo que se estudia siempre, se aprende siempre y se ensancha á cada momento la capacidad para ejercerlas cada día mejor, en tanto que el fin de las carreras militares es la guerra y esta no constituye en parte alguna una situación permanente, por su naturaleza accidental. Si no se pensara en otros conocimientos para los oficiales que los que las Academias les proporcionaran, sería tanto, en la paz, como hacer carreras sin objeto, porque no podrían ejercerse; y no sólo no serían aquellos estudios completados, discutidos, desarrollados ni digeridos, sino que forzosamente habrían de olvidarse, no haciendo de ellos otro uso que el insignificante á que obligan los ordinarios deberes de cuartel, si no fueran los

Cuerpos constantes Academias donde todo se recuerda y se consolida y se ensancha por las conferencias y discusiones habidas entre compañeros, y en donde todo se realiza y practica, en la medida de lo posible, con ejercicios, marchas, maniobras y representaciones lo más parecidas que sea dable á las funciones de guerra, las cuales conservan sin duda alguna algo que sólo en ellas se aprende, pero necesitan en alto grado de la precisión con que se realice cuanto se desarrolla á cubierto del fuego y que puede, por lo tanto, practicarse en la paz.

Establecidas en los Cuerpos estas costumbres, no cabe imaginar siquiera hasta donde pudiera llegar la cultura y la competencia de nuestros oficiales, con escasísimo trabajo. Sería, en efecto, insensato pretender de ellos un exceso de atención y de estudio innecesarios y hasta perjudiciales porque, les hiciera insoportable la vida, cuando es muy sobrado el dedicar tan sólo el tiempo que se emplea en distracciones indispensables, y como tales distracciones, puesto que son muchos años los de la vida comparados con los que en las Academias se gastan, y aun-

que sólo se contaran los que hacen falta para llegar al mando de Cuerpos, habría bastante para acumular tan gran caudal de conocimientos y de experiencia como pudieran desear los más exagerados.

Es claro, y dejó esto dicho como de pasada, que no podrían hacer milagros los Cuerpos por sí solos, sin cierto género de recursos y de protecciones y de iniciativas más altas; pero siempre serán ellos el fundamento de cuanto con la buena organización de un ejército se relacione.

Tantas y tan interesantes son las materias tratadas en este libro, que no sería dable hacerse cargo de todas ellas, ni siquiera para dedicarles corto número de palabras, sin hacer un prólogo tan largo como el libro; porque se ha hecho verdadero alarde de laconismo, por la consideración, acaso, de dirigirse á quienes poseen ya esos conocimientos y á quienes bastan ligeras indicaciones de cada asunto, y no siendo, por otra parte, propósito del autor el desarrollo de ninguno. Y, no obstante, las más importantes materias aparecen definidas con una precisión y una exactitud, que no es frecuente ver ni en los extensos libros que se

escriben con el exclusivo objeto de dilucidarlas, y que, por lo general, se confunden ó desconocen lo bastante para dejar en pié ciertos errores que conviene desvanecer.

No será ya fácil que quien este trabajo lea, deje de tener una idea precisa de lo que sea la Estrategia, la Logística y la Táctica, que son la esencia de los conocimientos militares, resolviéndose con solo ellas todos los problemas de la guerra.

Parece que la Estrategia sigue resumiéndose en las tres conocidas leyes de «concentrar el mayor numero de fuerzas posible en el momento del combate, operar sobre líneas exteriores y maniobrar sobre las comunicaciones del contrario conservando las propias;» pero, sería grave error el pensar que conocidas esas leyes y someramente esclarecidas, sólo falta aplicarlas y que es cosa sencilla su aplicación. El comentarlas, discutir las y entenderlas es faena titánica, que sólo hacen bien los entendimientos superiores, muy versados en estos asuntos y en otros muchos que con ellos se relacionan, y, en una palabra, cultísimos.

Varias obras atestiguarían de lo que digo; pero basta citar la de Marselli, **La guerra y su**

Historia, que por más reciente es más conocida entre nosotros, para que se vea cuantos gravísimos problemas se encierran en las tres lacónicas leyes enunciadas.

No es este el momento apropiado para esclarecerlos, ni yo pudiera intentarlo cuando sólo dispongo de unas cuantas horas ;no muchas ciertamente! para la redacción de este prólogo; pero me interesa afirmar, que en su interpretación han de intervenir forzosamente los perfeccionamientos que en la guerra se introduzcan y la eficacia que cada uno asigne á la ofensiva.

Napoleón que, en mi sentir, ha sido el gran maestro, no superado por nadie, las reducía á una sola, diciendo que **el arte de la guerra consiste en concentrarse para combatir y diseminarse para vivir**. Fácilmente pudiera demostrarse que la primera de las leyes antes enunciadas hace indispensable el cumplimiento de la segunda y que, en tal concepto, la envuelve; porque, faltando á ésta, no podrían llevarse á cabo las concentraciones sin ayudar á ello las faltas de iniciativa del adversario: no sería tan fácil demostrar que la tercera queda asimismo comprendida en aquel concepto; pero, sea

de esto lo que quiera, no sé yo si podría sostenerlo ahora como cuando lo dijo, porque su ley única supone la necesidad y aún la posibilidad de vivir sobre el país que se ocupa, y eso es totalmente imposible en los tiempos modernos. El número de combatientes que se reúnen ahora en el momento del choque y las dificultades que las nuevas armas imponen al municionamiento, hacen forzoso el que cada ejército viva de los recursos que su propio país le proporcione, tanto de boca como de guerra, y para la facilidad de estos abastecimientos no puede pensarse que sea razonable la diseminación.

Los que piensan que el perfeccionamiento de las armas dá cada día mayor valor á la defensiva y desconfían en tales condiciones del ataque, concebirán las maniobras sobre las comunicaciones del adversario y todo otro género de maniobras, en el sentido de obligarle á dejar las posiciones y salir del apuro en que la iniciativa estratégica lo coloque, tomando él la iniciativa táctica y atacando.

En cambio, si la fortaleza de las posiciones y las obras ejecutadas en ellas no indu-

cen á pensar que el atacar es locura, no será el obligar al adversario á que ataque el propósito de los que piensan que este es *siempre* la mejor defensa; que la fuerza moral de las iniciativas arriesgadas vale más que muchos batallones; que el efecto mismo de las sorpresas se contrarresta con la serenidad ó con los contragolpes, por temerarios que sean, que sorprenden á su vez al enemigo; que los instrumentos de guerra más perfeccionados no valen lo que el soldado; que no tienen tanto poder los proyectiles como el espíritu que se encierra en los combatientes; que no hay defensas capaces de detener al valor, al entusiasmo, á la decisión inquebrantable ó al proyectado sacrificio de la vida en aras del honor ó de la Patria; que sólo es derrotado el que ha pensado en que podría serlo, y, finalmente, que no puede ser vencido quien resueltamente se propone no serlo, porque no hay quien pueda obligar á volver las espaldas á quien ha resuelto morir dando la cara.

Se vé, pues, que, aún cuando se quisieran reunir en una sola las dos primeras leyes, no podría dejarse de añadir otra que recomendara el conservar las propias comuni-

caciones, maniobrando sobre las del adversario ó en la forma que conduzca á hacerle forzoso aceptar la batalla donde más convenga.

De todas suertes, si bien es cierto que la Estrategia define las campañas, ni una sola de éstas se gana sin ganar las batallas á que conduce y que, en último término, deciden sobre la victoria; pero las batallas las gana, á igualdad de las demás condiciones, el que reúne en el momento del choque mayor número de combatientes y dispone de sus fuerzas tan hábilmente, que *todas* concurren á todas partes mientras impide que haga lo mismo el adversario, por donde se vé, que, de ser posible resumir en una sola ley la Estrategia, ninguno hubiera acertado á lograrlo como Napoleón.

No hacen falta mayores esclarecimientos para convencerse de que la Estrategia es el alma de la guerra: ella estudia, planea, proyecta, es la teoría, es la ciencia y es por todo esto la que decide el fracaso ó el éxito de una campaña, en igualdad de las demás condiciones; pero, por lo mismo que es el espíritu, el pensamiento, no ejecuta y de ello se encargan la Logística y la Táctica.

Con frecuencia se piensa que la Logística tiene el sólo objeto de mover hombres y que, en disponiendo las marchas de manera que se encuentren en el punto que se designe y en el momento que se señale, su misión está cumplida; pero á quien lea este libro no le será ya lícito abrigar ideas tan estrechas. La Logística es lo que en él se dice: el cálculo de *todo* lo que es necesario reunir en un punto y momento determinados, para que el soldado marche sin fatiga, alimentado, municionado y atendido bajo todos los aspectos, de suerte que llegue al choque en las condiciones más favorables para obtener la victoria: *realiza* los planes de la estrategia y *prepara* lo que ha de necesitar la Táctica para resolver en definitiva el problema. Ella calcula y ejecuta, ó ejecuta calculando, por lo que tiene una parte de ciencia y otra de arte, y nunca se exagerará bastante la gran importancia que tiene en todas las funciones de la guerra.

Pero todavía es más frecuente el confundir la Táctica con los Reglamentos, imaginando que éstos son aquélla, y que fuera de ellos, podrá haber conocimientos militares ó de aplicación á la guerra, pero que nó podrían

incluirse entre los tácticos; y éste es otro punto que deja el autor completamente esclarecido.

Todo cuanto se hace en el momento del choque, sobre el campo de batalla y bajo el fuego enemigo, enderezado à vencerlo, á destruirlo y á lograr la victoria, es táctico y en la táctica ha de comprenderse.

Lo que enseñan los Reglamentos relacionado con las formaciones y órdenes tiene altísima importancia, aunque no deba exagerarse; porque el desplegar y replegarse rapidamente al frente del enemigo por procedimientos muy ensayados y que se ejecutan *á ojos ciegos*, es de gran interés y evita el desórden, cuando la gravedad del momento pone en tensión el espíritu y los nervios; y á igualdad de las demás condiciones, llevaría indudable ventaja el que mejor poseyera ese género de instrucción, puesto que se trata de mover hombres y masas, y no es cosa baladí el moverlos como convenga del modo más rápido y ordenado; pero no es eso todo, y al mismo fin concurren el manejo y combinación de las armas, la apreciación exacta del terreno, los movimientos de avance ó retroceso, la distribución de las

reservas, la intensidad del fuego en función del municionamiento, las obras de fortificación pasagera, y, finalmente, el conocimiento preciso de la fuerza material y moral de los combatientes en los varios aspectos del choque, los motivos de decaimiento ó de entusiasmo, porque con todo ello se juega, y así como facilmente se llevará al ataque á gente vigorosa y enardecida, nadie conseguirá lo mismo, por ningún procedimiento, de los estenuados por la fatiga ó de los decaidos y faltos de energia, de confianza ó de espíritu.

Definidas así la Estrategia, la Logística y la Táctica, facil será distinguir en todo momento lo que es estratégico, logístico ó táctico; pero sería error gravísimo el pensar que pueden vivir aisladamente, por tener cada una un campo que le es propio y que con facilidad se delimita.

La Estrategia no concebiría nada ó concebiría mal, si no se hiciera cargo de las necesidades logísticas y tácticas: las primeras porque la pondrán en la *realidad* de la ejecución, siendo intento vano el de proponerse concentraciones ó movimientos de ninguna índole sin elementos que hagan

realizables las unas ó los otros: las segundas, porque todo sería estéril si no se contara con campo de batalla apropiado y con circunstancias que hicieran confiar racionalmente en la victoria.

La Logística necesita conocer la importancia y urgencia del pensamiento estratégico, para extremar la exactitud y la precisión, así como las dificultades que habrán de vencerse en el encuentro para poner en relación con ellas los elementos y recursos que acumule.

Finalmente, la Táctica sería impotente, para proporcionar la victoria, si por errores estratégicos ó logísticos, las condiciones del duelo fueran desfavorables hasta el punto de tener que aceptarlo con evidente inferioridad.

Por eso no se concibe función de guerra ni mediana, sin un excelente Estado Mayor que entienda á la vez en las tres cosas.

Sería, sin embargo, desacertado el pensar que los oficiales de las otras armas pueden desentenderse de esas ideas, cuando, por el contrario, necesitan tener de ellas un concepto muy preciso.

Tomemos por ejemplo ese género de gue-

rra, que será eternamente el más apropiado para la defensa del territorio nacional, y que no sé yo si debiera ya llamàrsele de guerrillas, de montañas, defensiva ó cómo.

Realmente hoy todo lo hacen las guerrillas en cualquier género de combates; porque, partiendo del orden así llamado, las masas (que no ya las columnas) de ataque, se forman engrosando las de primera línea con las reservas, pero sin dejar de ser tales guerrillas ó guerrillones en las que aumenta el número de combatientes, pero no la regularidad de los frentes ni el carácter de la formación, de suerte que con el nombre de guerrillas no se particularizaría bien el género de guerra á que me refiero.

Lllamarle de montaña no sería más propio, porque no le está vedado á ese género de guerra el maniobrar sobre el llano.

Acaso fuera lo mejor el llamarle *defensiva*, aun cuando las incursiones inesperadas, los golpes arriesgados y las iniciativas vigorosas aisladas sean el alma de esas campañas, porque el carácter general es el que corresponde al objeto que se persigue que es *defender* el territorio.

Sea de esto lo que quiera, la fisiología de

esas guerras ha cambiado por completo, y no es ya la de los Almogávares, ni siquiera la de nuestros reputados modernos guerrilleros, porque no bastan ya las armas blancas ni las primitivas de fuego, ni se puede pasar con una bolsa de pólvora y otra de balas un periodo largo de tiempo, ni cabe soñar en que los actuales proyectiles y pólvoras se fabriquen en las montañas: esa guerra es ya mucho más difícil, más civilizada, necesita organizaciones para atender al municionamiento y una dirección inteligentísima.

Así es que las columnas volantes sin perder el contacto con la suprema dirección, tienen hasta cierto punto que valerse por sí mismas, asumiendo sus jefes toda la responsabilidad y las dificultades, no sólo de sus movimientos, muchas veces verdaderamente estratégicos, sino de una logística importantísima, aunque embrionaria.

No hay para qué decir que esos Jefes manejarán más aquellos elementos tácticos antes mencionados y no contenidos en los Reglamentos, que las formaciones y la instrucción que éstos proporcionan, de suerte que no sólo no les está vedada la gran tác-

tica, sino que especialmente habrán de acomodarse á sus conceptos generales.

En éste y en todo otro género de guerra, merecen particular atención el carácter estratégico de ciertos movimientos tácticos, porque son los más brillantes, los más eficaces, los más decisivos, los que ahorran más tiempo y más sangre, y, si se me permite la frase, los más elegantes: quiero decir, que hay movimientos esencialmente tácticos porque se realizan sobre el campo de batalla, en el momento del choque y bajo el fuego enemigo, y que, no obstante, llevan un sello especial, un corte, un carácter, mejor pudiera decir un *estilo* estratégico.

Todos los campos de batalla tienen, en efecto, posiciones que constituyen la clave del problema, puntos sobre los que deben acumularse los esfuerzos, así como todos los frentes de combate tienen flacos que invitan à maniobrar en cierto sentido para sacar de ellos provecho. Resuelta la iniciativa, nótese bien que, aún en el espacio reducido donde se verifica el choque, comparado con el que abarca casi siempre el pensamiento estratégico, tienen aplicación excelente la leyes estratégicas de que he

hecho mérito, siquiera sea en menor escala, y con análogos fines.

Distraer fuerzas de donde no sean muy indispensables, dejando las precisas para que no aparezca desatendida en esos puntos la línea, y activando la rapidez del fuego, para que ni siquiera aparezca debilitada, con el fin de acumularlas en momentos precisos sobre los puntos de ataque, ¿qué es, sino aplicar la primera ley estratégica que prescribe reunir el mayor número de fuerzas posible en los encuentros?

Hacer que esas fuerzas converjan y se reúnan convenientemente con la seguridad de que no podrá el enemigo evitar la concentración, aunque tome la iniciativa para batirlas aisladamente, ¿qué es, sino aplicar la segunda ley guardando el precepto de operar sobre líneas interiores aunque estas líneas sean de extensión reducida y marcadamente tácticas?

Y, finalmente: moverse de forma que se rebasen ciertas posiciones ó las alas del frente de combate, con el propósito de cojer ciertas fuerzas por el flanco, cortarlas ó envolverlas, ¿qué es, sino aplicar la tercera en su mayor generalidad, aún cuando en cam-

po más restringido, tratando de cortar otro género de comunicaciones, ya que no sean las de unión con la base?

No puedo ocultar que no soy partidario de señalar autores, ni citar hechos en ningún género de discursos, ni hablados ni escritos: los evito cuanto puedo, y es casi siempre, porque creo que contrarían el efecto de las teorías ó razonamientos generales la mayor parte de las veces; pero me inclino á pensar que aquéllos á quienes este libro se dedica, y á quienes yo también dedico este prólogo, no verán con disgusto el que se les recuerde entre lo que saben, siquiera sea brevemente, algo que sirva de comprobación de estas ideas, realizado por los Grandes Capitanes.

Algo pudiera citarse de Alejandro ó César y señaladamente de Aníbal, que es el más estratega de la antigüedad: más fácil sería hallar ejemplos en otros Generales modernos; pero no sé yo qué podrá buscarse en asuntos militares (si no es el propósito de mostrar cultura histórica) que no se encuentre á manos llenas en las campañas de Napoleón. Sus combinaciones estratégicas superan á cuantas hayan otros imaginado ja-

más, y el número de batallas en que intervino es tan grande y presentan ellas tanta variedad, que para todo habrá no sólo ejemplos, sino verdaderos modelos.

Como tal habrá de tenerse su primera campaña de Italia, no sólo por la adopción de las bases de operaciones, sino por la manera maravillosa de mover las fuerzas para tenerlas siempre reunidas donde combatía, acudiendo con ellas á todas partes, de suerte que en todas fueran superiores á las del adversario, aunque fuera menor su ejército.

Rivoli podrá ser eterno modelo del partido que puede sacarse de las faltas de un adversario que opera sobre líneas exteriores y no sería superado sino por otro suyo, que es la llamada «campaña de Francia» ó «del 14.» Si Ney hubiera practicado esas lecciones en Quatre-Bras, no hubiera habido Waterloo y otra habría sido la suerte de Napoleón y de Europa.

La segunda campaña de Italia, en la que ya tenía una amplitud de mando que no tuvo en la primera, se redujo á una sola batalla, por la concepción estratégica más hermosa que cabe imaginar. Ella vió que

Marengo era la clave de todo, y la realización logística exigió la resolución de problemas de la magnitud del paso de los Alpes.

Y tácticamente se perdió la batalla; pero fué *la primera*, según frase de Desaix, porque *la segunda*, que él dió despues, se ganó y con ella la Italia, no llegando á ser estériles concepciones tan espléndidas.

Y fueron aún superadas por el pensamiento estratégico que decidió abandonar el paso del estrecho para la invasión de Inglaterra, y vió en Ulm el punto preciso donde resolvía de un golpe cinco graves problemas á la vez. El transportar rapidamente todo aquel ejército, utilizando los medios que utilizò, constituye otro hermoso modelo de aplicaciones de la logística. Y el resultado fué, convertir en diversiones sin importancia las amenazas del Hannover y de Nápoles, obligar á retirarse al ejército austriaco de invasión en Italia, evitar la reunión del ejército ruso con el austriaco, cojer en Ulm un ejército prisionero y echar de su lado la campaña que terminó con la batalla de Austerlitz.

No es inferior á estos el movimiento de concentración entre Ligny y Quatre-Bras

antes de Waterloo, ni otros muchos, que sería ya ocioso citar; pero nótese que la eficacia de sus concepciones estratégicas era tan grande, que al abrir las campañas las decidía y que con otra batalla bastaba para darlas por terminadas.

Ya se ha visto que en Marengo se decidió la conquista de Italia.

Asímismo la primera campaña de Austria, que se abrió en Ulm, se terminó en Austerlitz.

La segunda campaña de Austria, se abrió en Ratisbona y terminó en Wagram.

La de Prusia que se abrió en Jena, terminó con las batallas de Eylau y Friedlands, y basta de ejemplos.

Pero en esta última y en la parte encomendada á Ney, puede verse un ejemplo de los movimientos tácticos de *estilo* estratégico, así como en Austerlitz tuvo ese carácter cuanto se ejecutó *tácticamente* para hacer caer al enemigo sobre las lagunas heladas de la derecha: y para no citar ya más que otro caso, bien podrá tomarse por modelo el movimiento de Davout sobre su derecha en la batalla de Wagram.

Muchas otras ideas de las contenidas en

el libro merecerían esclarecimientos y desarrollos, que las sacaran de la modestia en que las encierra un premeditado laconismo; pero sólo me haré cargo para terminar, de las que se refieren al apoyo que debe esperar el Ejército de todas las clases, al entusiasmo que debe siempre inspirar la fuerza armada y á si debe ó no ser anterior á la Hacienda, por ser estos extremos de los que deben estudiar con esmero los hombres civiles y porque sobre ellos he expresado muy recientemente mis opiniones, discutiendo en el Senado la totalidad del presupuesto del Ministerio de la Guerra.

Sostenia yo de la manera más resuelta, como corresponde á mis convencimientos y al amor entusiasta que el Ejército me inspira, así como á mis aficiones militares en ningun tiempo entibiadas, que la Nación debiera hacer todos cuantos sacrificios le fuera dable para llevarlo al más alto grado de perfeccionamiento, como lo más necesario para un pais y hasta como lo más económico; pero afirmaba asimismo que los grandes gastos que exigen los ejércitos y las guerras modernas, son imposibles sin Haciendas ordenadas y prósperas, y que

una Hacienda averiada acarrea inevitablemente la ruina de los institutos armados.

Esto supone necesariamente la prioridad del arreglo de la primera sobre el perfeccionamiento del segundo. Muchos afirman que es esa una falsa idea, porque la necesidad de la fuerza armada es anterior á toda otra exigencia, de cualquiera especie que sea, lo cual es y no es verdad, según esa fuerza se defina.

No me acusarian á mi de abrigar esas falsas ideas si se hubieran fijado en palabras más pronunciadas en la rectificación y que á continuación transcribo.

«Decía yo que, por razones de cualquiera índole y singularmente por razón de la Hacienda, se podrá determinar un cierto nivel para el ejército, haciéndolo más grande ó más pequeño; pero una vez fijado ese nivel, no pueden negársele recursos de ningún género».

«Aun añadiría, que creo anterior á la Hacienda un Ejército á cuyo amparo se forme, y de condiciones apropiadas para asegurar el orden y el establecimiento del derecho; pero, para los Ejércitos de que se trata, se necesita antes de la Hacienda.»

¿Quién lo duda? ¿Sería posible tranquilidad alguna, ni administración, ni Hacienda, ni nada, en la anarquía y en el desorden? Pero, ¿podrá confundir nadie el carácter que necesita y le basta tener á esa fuerza pública, con el de los Ejércitos formados para la lucha, dentro ó fuera de su país, contra los de otras naciones organizados á la moderna y dotados de cuantos elementos pueda suministrar el progreso?

Y en punto al entusiasmo que debe inspirar esa altísima institución en todas las clases y en todos los ciudadanos y que á mi me inspira, no puedo hacer cosa mejor que copiar algunas palabras pronunciadas en ese mismo discurso antes de que este libro me sirviera de estímulo.

«El Ejército (decía) es la paz, la tranquilidad y el orden público, y, por lo tanto, la prosperidad y la economía; pero ¡es mucho más que eso! Es el abólengo de que estamos orgullosos; es nuestra historia inconcebible sin sus proezas, heroismos, conquistas y vicisitudes de toda índole, siempre honrosas; es quien nos dá el territorio nacional y la idea de Patria, que enaltece al cerebro que la lleva. Así, al que vé pasar

un regimiento por debajo de sus balcones y no vé en él á nuestra juventud, á nuestros propios hijos, y no siente que se agolpa á sus ojos lo que se agolparía á los de un padre que se tropezara en la calle con un hijo á quien creyera ausente, y no se estremecen sus nervios cuando oye las cajas de guerra ó el toque de las cornetas, y no se descubre y casi se arrodilla cuando pasa ese trapo de dos colores, que siempre es una tela, muchas veces vieja, algunas desgarrada y haraposa, pero que siempre es el emblema del honor nacional, pero que siempre representa á la Patria, es necesario darle inmediatamente friegas de hielo, para que entre en calor y adquiriera sensibilidad un sistema nervioso yerto, y para que vuelva á la vida una alma helada y seca!»

Y terminaba diciendo: «Es necesario darle todo lo que necesite y más de lo que necesite, *para que sobre*, como decía el General Espartero; y, si eso hacemos, cuando veamos pasar, como os decía en la sesión de ayer, un regimimiento por debajo de nuestros balcones, veremos en él nuestro pasado glorioso, nuestro presente asegurado, nues-

tro porvenir lisongero, la paz, la tranquilidad y el orden afirmados, el territorio nacional á cubierto, el honor nacional á salvo, y haremos verdaderos esfuerzos para cerrar la boca, porque pugnará por salir de nuestros labios la palabra ¡Vitor!; pero, si no hacemos eso, nuestro ejército irá como siempre al heroísmo, como algunas veces al sacrificio; pero..... ¡á la victoria no!»

Y aquí terminaría también este prólogo si no quisiera añadir un aplauso al espíritu, que domina en el libro, de amor entusiasta por el arma de infantería á que el autor pertenece. No importa quien tenga razón; pero es hermosísimo el ver que los de caballería defienden su arma, queriendo demostrar que lejos de perder importancia la gana en la guerra moderna; que los Ingenieros piensen que no pudiera haberla sin sus obras y que serán tanto más necesarias cuanto más se perfeccionen las armas y elementos guerreros; que los artilleros sostengan que con los nuevos cañones de fuego rápido la artillería tiene en sus manos la victoria, y, finalmente, que la infantería afirme su creencia de que será siempre el alma de los combates y la úni-

ca llamada á decidirlos. Acaso la imparcialidad obligára á reconocer esto último como lo más exacto; pero no deberán reconocerlo jamás los que no pertenezcan á esa arma, porque debe ser para cada uno la suya el objeto de sus amores.

La suya la primera; pero distribuyendo *por igual* entre las demas el eulto que se debe á lo que es fraternal, á lo que vive con nosotros y es nosotros mismos, porque nada es tan perjudicial ni tan perturbador en el Ejército, como los antagonismos entre los institutos armados, que son una misma familia, que tienen iguales ideales, que hacen los mismos sacrificios, que viven la misma vida y que son todos juntos, sin distinciones ni matices, los hijos queridos de la Patria.

Madrid 18 de Enero de 1902

Amós Salvador.



Capítulo I.

TÁCTICA

CONSIDERACIONES GENERALES

Hemos dicho en otra parte que ninguna Academia puede dar oficiales hechos, perfectos; que les faltan á todas medios y mucho tiempo para ello; que dán lo que pueden dar, que es primera materia buena, y que à los Cuerpos corresponde el trabajo continuo, incesante, para que se hagan buenos oficiales con esos gérmenes que reciben de las academias.

Con un bagaje científico y militar más ó menos importante según la capacidad de

cada uno y su procedencia; con poca ó ninguna práctica en la aplicación de lo que teóricamente han aprendido; con sanos ideales respecto á sentimientos de Patria y honor; con ideas acaso exageradas acerca del carácter, corrección y cultura de sus jefes, capitanes y compañeros; con saludable temor sobre la propia suficiencia; con grandes desconfianzas de aptitud para el desempeño de su misión; con vehementísimos deseos de agradar y de hacerse agradables; con afán de distinguirse y de que se ponga á prueba, principalmente en riesgos y fatigas, cuanto hay en ellos, porque creen que todo lo pueden dominar con su voluntad; con desprecio absoluto de lo material, porque están acostumbrados á nutrir su espíritu y á cultivar su inteligencia en el estudio y la reflexión acerca de las verdades de la naturaleza, de la marcha y luchas de la humanidad para constituir los diferentes pueblos que la componen, y de la formación de la sociedad en que viven, llegan á los cuerpos esos oficiales en embrión.

Antes, hace años, podían ser considerados éstos jóvenes como oficiales; faltábales práctica en las menudencias del cuartel,

detalles de las marchas, saber vivir como sus compañeros, la forma de dirigirse á sus superiores y á sus subordinados; la de producirse euandõ estaban aislados con alguna fuerza que mandaban; las formalidades de administración de las cantidades ó material que debían administrar ó que estaba á sus órdenes, y otras pequeneeces muy importantes, pero que con facilidad aprendían. Un buén capitán, les imponía energía en el mando, formalidad delante de la tropa, circunspección y dulce trato con los subordinados; les enseñaba la práctica del servicio en paz ò en guerra, y, en sus conversaciones, iba poco á poco infiltrando en ellos espíritu militar y conciencia del cumplimiento del deber.

Los conocimientos que poseían en estrategia, táctica general y particular de su arma, de la de sitios, de logística y de los servicios de seguridad en el movimiento y reposo, los de topografía y fortificación, y las nociones que sobre balística y efecto útil de sus armas tenían, eran suficientes para que, al poco tiempo de permanecia en los cuerpos, se les diese patente de buenos oficiales. Asi se hacía expidiéndoles tal ti-

tulo en sus hojas de servicios de la manera siguiente:

	Bueno Mucho ó Sobresaliente.		
En Táctica			
En Ordenanza	id.	id.	id.
En Procedimientos Militares	id.	id.	id.
En Detall y Contabilidad	id.	id.	id.
En Teoría y práctica del tiro	id.	id.	id.
En Arte Militar	id.	id.	id.

Veamos como se ponían esas notas, el fundamento para estamparlas, y los errores mil que á sabiendas se cometían; errores que han traído confusión al ejército al no poder distinguir, de entre los oficiales, cuales eran mas aptos, y en ellos han causado depresión de espíritu é indiferencia al verse mal juzgados y peor calificados.

No cabe duda de que la síntesis de los conocimientos militares está incluida en el concepto que encierran esas líneas: la última por sí sola los abarca completamente, pero pronto vienen á la imaginación unas preguntas á las que no es posible sustraerse. ¿Que garantía ofrecen esas notas? ¿Son resultado de un estudio minucioso de las condiciones y capacidad de cada uno de los oficiales? ¿Ha habido ocasión para apreciar sus conocimientos, para aquilatar el mérito

y estampar en el documento personal el merecimiento?

Analícemos lo que dicen y lo que deben decir.

En Táctica. No conocemos una nota bien escrita bajo este epígrafe; no es esto negar que existan; lo que se niega es que se hayan puesto con conocimiento y á conciencia de lo que se hace. En táctica, bueno, mucho ó sobresaliente. ¿Cuál ha sido el punto de partida para esta calificación? ¿El conocer hasta en sus menores detalles lo que dice el Reglamento, y el saber enseñarlo, ejecutarlo y mandarlo? ¿Basta esto para decir que un oficial conoce la táctica? ¿Ha bastado jamás? Nó; y, sin embargo, han pasado años y años dándose patentes de tácticos, preparando para rutinarios á muchos oficiales, porque no se les hacía ver más allá de sus narices, al no manifestarles continuamente los verdaderos horizontes, la extensión inmensa que abraza el concepto táctico en los momentos ó en las horas que dura el choque; las combinaciones de las armas; las maniobras; la inspiración; el conocimiento del estado moral de sus fuerzas, su capacidad para acometer, para

lanzarse ciegamente sobre el enemigo; lo que pueden resistir; cuando decae su espíritu para refrescarlas con otras que aportando al combate nuevas energías reciban de ellas el fluido que por sus pérdidas ó por prolongada tensión habían agotado. Todo ésto y más abraza el concepto táctico. ¿Y cuándo se ha tenido en cuenta para la clasificación?

Claro está que la verdadera escuela militar es la guerra, y que, afortunadamente, aunque se trate de nuestra instrucción, no se cuenta siempre con ella para instruirnos. Pero aún sin esto, y dentro de lo que en la paz puede hacerse, ¿Qué problemas tácticos resuelven los oficiales para dar á conocer su suficiencia? ¿Cuándo se les ha preguntado acerca de lo que se puedan prometer de sus fuerzas según su estado moral y material? ¿No debe el mando tener en cuenta esto en los campos de batalla? ¿Se encuentran acaso todas con el mismo coeficiente de resistencia para emplearlas del mismo modo? ¿No distinguimos entre la táctica y los reglamentos? ¿Confundimos su concepto?

Antes, hace algunos años, repito, aún conociendo el absurdo y los males que al

ejército y al país podía traer, y ha traído desgraciadamente, tamaña confusión que desde los oficiales subalternos se ha transmitido por ascenso á empleos superiores, podía admitirse, ó por lo menos hay que conformarse con lo hecho, porque ya no tienen remedio.

Entonces los subalternos constituían un organismo de alguna importancia en los Cuerpos y siempre necesario; hoy lo son todo: antes los subalternos eran una esperanza; hoy son la esperanza de la Patria y, con los capitanes, lo más real que existe en los ejércitos. Sus funciones son las más importantes, porque no se ejerce ninguna en paz ó en guerra con mayor constancia y de tanta trascendencia. En cuanto se toque en la milicia, ha de figurar el subalterno, dirigido por su capitán, jugando el papel preeminente.

¿Se trata del régimen y gobierno interior en los cuarteles? Sobre el subalterno carga el mayor peso. ¿De marchas de instrucción? Para él principalmente deben hacerse. ¿De seguridad en el movimiento ó en el reposo? Él la proporciona. ¿Del servicio de exploración? Él lo dirige. ¿Del sacrificio de la vida

en los combates? Él forzosamente ha de ser el primero de donde parta el esfuerzo, dando ejemplo á sus soldados y la vida á su Patria. Decid como son los subalternos, de un ejército, y facilmente conoceréis lo que vale, lo que de él puede esperarse.

No se diga que siempre ha sucedido lo mismo; hoy el subalterno necesita mayores conocimientos; debe exigírsele más; debemos contrastar mejor su mèrito, porque ha aumentado su importancia en los combates y fuera de ellos: así lo reconocen los reglamentos, pero, aunque se lo negasen, se impondría. ¿Quién maneja y dá dirección á los soldados en los combates? ¿Quién ordena las fuerzas después del avance, prepara la persecución y dá forma á aquél caos infernal, á aquella mezcla de soldados de diferentes compañías y cuerpos, nerviosos, jadeantes, que gritan enfurecidos como locos que han perdido la razón, y que es indispensable que la recobren para que puedan aún continuar su obra destructora con el enemigo? ¿Quién más eficaz para contener un pánico? ¿No está admitido que el centro de gravedad de los combates radica en la línea avanzada que ha de recibir la

fuerza que necesite para aplastar al enemigo, aún á costa de terribles sacrificios, y que los jefes no tienen en ella más garantía para salvar á su Patria y á su honra que esos jóvenes subalternos y los capitanes, únicos en las gerarquías de los oficiales que dirigen sus fuerzas y que al mismo tiempo, por su escaso número, pueden mandarlas? ¿No es cierto que antes los sargentos, y muy especialmente el sargento primero, eran el descanso del capitán y el lazo de unión entre la tropa y el cuerpo de oficiales? ¿Quién lo es ahora?

Parécenos que se ha obrado con alguna ligereza al expedir notas en táctica. La guerra es la única piedra de toque para definir aptitudes en esto de táctica. Hombres hay que al oírles hablar se les tiene por tácticos profundos y ¡ay! no manifiestan sus conocimientos en los campos de batalla donde se nubla su imaginación; naturalmente que sucede esto contra sus deseos y su voluntad; pero el hecho es que desaparecen los conocimientos y hasta la noción de ellos, quedando su táctica reducida á no disponer nada y á abdicar vergonzosamente en el inferior más próximo, sin perjuicio de con-

tinuar discutiendo en lo sucesivo con acierto, las cuestiones tácticas. Y es que una cosa es la discusión y análisis sobre el plano, y otra,* completamente distinta, esa misma discusión y análisis sobre el terreno, cuando el plomo y el hierro tienen la palabra. ¿Cómo, pues, formaremos en la paz opinión acerca del valor de cada oficial en esto, cuando vemos que fracasan en la guerra muchos que poseen teóricamente los conocimientos tácticos casi en el grado de doctores?

Pensamos como consecuencia de lo que se expone, que se debe respetar un poco más el concepto de táctica; que los militares debemos ocuparnos siempre con él, para aclararlo, para que no queden dudas de su alcance y trascendencia, para que estemos persuadidos de los procedimientos que deben seguirse en los campos de batalla para llenarlo, obligando á estos jóvenes, que estamos en la imprescindible obligación de educar, de preparar, de disponer para que se ennoblezcan honrando á su Patria, á que se penetren de su esencia, tendiendo á que miren como un principio fundamental, que en táctica juega papel prin-

cipalísimo la energía; que la acometividad, el no creer en la derrota, y la resistencia para soportar sin huir pérdidas considerables, son garantía segura de victoria, y que es irremisiblemente batido el que cree en la posibilidad de serlo. Todo esto entra de lleno en el campo de la táctica y debe servirnos para formar los oficiales, para endurecer su corazón ante el enemigo, para levantar su espíritu, para desterrar en ellos sensiblerías, debiendo también enseñar que jamás debe seguirse la táctica de ocultarse, que puede ser una necesidad pasajera en el combate, pero nunca un principio táctico, para no hacerles demasiado precavidos, desvaneciendo errores que en esto existen, poniéndoles de manifiesto, que antes, encajonados en sus fuerzas, consistía su misión en vigilar que nadie se separase de su puesto sin legítima causa, esperando que la ola, que todo lo debía arrollar, se formase á su retaguardia, dejándola pasar ó uniéndose á ella; pero hoy son ellos y sus fuerzas los que forman la tempestad que rápidamente debe ir aumentando, hasta que se determine su explosión, marchando la totalidad, ó la inmensa mayoría de sus

trozos, hacia el enemigo. Adquieran la convicción de que una vez en la línea de fuego, no es posible la retirada ni más movimiento que el de adelante, único que puede salvarles la vida y sobre todo su honor.

Tratemos de persuadirles, para cuando alcancen posiciones más elevadas, de que siendo muy buenos los sostenes, apoyos y reservas en muchísimos casos, el verdadero sostén y apoyo se obtiene del que se bate, del que tira, no del que está á cubierto. La primera línea necesita de la fuerza moral y material de las demás para permanecer en la siempre difícil y peligrosa situación en que se encuentra, y sería ilusoria semejante protección, si no se empleasen en el combate las fuerzas de retaguardia, pensando en emplearlas cuando no tengan empleo, en el orden que generalmente no se guarda y en aminorar las pérdidas, que no se aminoran, de las retiradas.

Hágaseles ver que muchas batallas se han perdido con casi todo el efectivo intacto durante el combate, para ser destrozado por el enemigo en la retirada ó entregarse á él por la situación imposible moral y material que aquellas imponen. Por grandes que

sean las pérdidas en los combates, son casi siempre insignificantes comparadas con las que se sufren en las retiradas, porque aún hechas en buenas condiciones, destruyen la moral, la confianza recíproca entre jefes y subordinados, que es lo más precioso que tienen hoy los ejércitos.

La victoria consiste en obligar al enemigo á que abandone sus posiciones: cuando se alcanza, viene lo demás por añadidura; la persecución, hacerle prisioneros, apoderarnos de su material, dividirlo en pedazos obligándole á marchar en direcciones divergentes; es decir, las consecuencias, y también todo esto está dentro del concepto de la táctica.

Los oficiales que salen de las academias, tienen conocimientos de estas cosas, las han estudiado en libros excelentes, pero al muy poco tiempo de servicio en los cuerpos las recuerdan como en sueño y las olvidan cuando pasan algunos años en ellos. ¿Hay algo más desatentado que permitir que se pierdan los frutos que al país han costado tanto trabajo y tantos sacrificios el cultivar? ¿No está justificadísima la bondad, la conveniencia, lo indispensables que son estos

conocimientos en todas las jerarquías de la milicia? ¿Por qué no continúan cultivándose en los Cuerpos?

La contestación á estas preguntas es muy sencilla. Hemos tenido, tenemos, grandes preocupaciones y prejuicios en esto de la instrucción táctica de los oficiales y de las tropas; vamos poco á poco entrando en el buén camino, pero aún estamos *chapados á la antigua*; damos importancia á detalles insignificantes. Hoy es aún de actualidad el artículo 24 título X de nuestras ordenanzas, que dice: «Generalmente los regimientos se han dedicado á exigir una igualdad suma é inconseguible en todos los movimientos del manejo del arma, etc.», y eso que se escribió hace 150 años para corregir abusos que aún subsisten.

No lo podemos remediar; miramos en muchas cosas la forma, pero no el fondo; tomamos por táctica el reglamento á fuerza de no practicar otra cosa, y nos induce á ello el que los movimientos y formaciones que previenen, salen muy bonitos, muy vistosos, y siempre más lucidos y son objeto de más plácemes que una verdadera maniobra en que haya que andar 2, 3, 4 ó más

kilómetros con la precaución que exige la presencia del enemigo aunque sea figurado, sin músicas ni ruidos y sin esa rigidez que tanto nos encanta y que para nada útil sirve.

Distingamos el reglamento, de la táctica. El reglamento es uno de los medios de que se sirve la táctica para realizar sus fines, pero no es el único ni el más importante. Nos hace ver y estudiar las formaciones que aquella emplea cuando le conviene para lograr lo que se propone, empleando otras si las cree más oportunas. Nos sirve muchísimo para hacernos entender con su tecnicismo claro y preciso, para comprender las órdenes que se reciben y para ejecutarlas conforme al pensamiento de quien las dá, pero esto no es táctica, aunque en los reglamentos se consignan, como no puede menos de suceder, muchos principios tácticos. Tengamos presente que la táctica es combinación de los elementos que constituyen la fuerza y su aplicación, según las condiciones y circunstancias que á cada momento se presentan, y que tiene en cuenta, no solo el valor material de ellos aisladamente y en conjunto, sino la situación

moral de los combatientes. Los reglamentos se deducen de la táctica sujetándose á los principios que animan aquélla y que á ellos les sirve de fundamento, cristalizando en disposiciones de las fuerzas ó formaciones tipos, que generalmente no se emplean en el combate, donde casi siempre hay que modificarlas por accidentes morales ó materiales. Y téngase en cuenta que esto sucederá siempre, sean las que fueren las formaciones ó disposiciones que recomienden como las mejores, porque en táctica todo hay que subordinarlo al estado de los combatientes, al terreno, á la situación ó disposiciones del enemigo y á su moral.

Hombres, armas y terreno, son los elementos que utiliza la táctica para llenar su misión: la enseñanza de cada uno de ellos con la mayor extensión posible y su funcionamiento é influjo recíproco cuando se combinan, debe constituir la instrucción principal que en los cuerpos reciban los subalternos, si queremos legar á lo que viene, lo que tiene derecho á esperar de nosotros.

Capítulo II.

HOMBRES



Es difícil su estudio, porque no está sujeto á reglas. Cada individuo tiene su modalidad en ser y obrar. Arcano impenetrable para los demás, y aún para sí mismo, agitado en cada instante por distintos pensamientos que dán lugar á pasiones diferentes, no es fácil decir con acierto, cuál será su proceder en un momento dado, como consecuencia de su proceder anterior. En la sociedad, en general, vemos esto confirmado en muchas ocasiones; en la guerra son más frecuentes y mayores las sorpresas.

¿Veis ese soldado taciturno, mustio, lácido, que en quince minutos ha pedido permiso tres veces para separarse de las filas y que apenas tiene fuerza para llevar su arma? Es el mismo que ayer era la alegría de la compañía, el más jocosos, el que mejor tiraba la barra, el que usaba bromas con más sal y pimienta, ridiculizando al

enemigo, suspirando porque llegase cuanto antes la situación en que nos encontramos.

Mirad aquél, el apocado, el jeremías que ha aburrido á su capitán y al médico, pensando que siempre debe tener cerca la Santa Unción. Está comiendo un chorizo, y, entre disparo y disparo, mientras engulle, observa por si alguien se descubre.

¿Qué es eso? El soldado fulano. ¿Vá herido? No, le ha dado un saponcio y se lo llevan los de la Cruz. Creí que era un grán soldado. Que lo reconozca el médico y que se incorpore inmediatamente que pueda.

¡Quién pudiera esperar sorpresas semejantes! El soldado fulano, tan decidido, tan animoso, tan valiente al parecer, ha decaído en su espíritu; no puede vivir donde está, ni dar un paso adelante; se le doblan las piernas; en cambio el mengano, á quien creíamos un ser despreciable por su apocamiento, lo tenemos hecho un valiente.

Estos casos, y muchísimos más que pudiéramos exponer ó recordar, son frecuentes en la guerra; se manifiestan antes del principio del drama, en los preliminares, cuando se está planteando el problema,

cuando la acción, que pudiéramos llamar individual por referirse á las pequeñas fracciones avanzadas, está sirviendo de lazo de unión entre el enemigo, cuyo contacto tenemos, y las demás fuerzas que van ocupando posiciones para empezar en serio la obra.

Una corriente de sensaciones intensísimas circula entonces por todos los corazones y por todos los cerebros; son agitados más fuertemente los de las líneas avanzadas, que, desde que las ocupan, empiezan á gastar una cantidad enorme de energías morales y materiales, sobre las pérdidas que causa el enemigo. Aquí dá principio la función augusta del subalterno; si está persuadido de su deber y ha de cumplirlo á conciencia, le es forzoso hacerse superior á esas impresiones, de las que también ha participado; destruirlas en gérmen ó en cualquier magnitud que en él se hayan desarrollado; aparecer tranquilo y en el pleno goce de sus facultades á la vista de sus soldados, y esta actitud contendrá con seguridad el torrente de pérdidas que en forma de fluido escapan de sus subordinados.

Debe conocer al hombre psicológicamente.

te en estos momentos: debe ver su alma, la de los suyos, impidiendo á todo trance, aún recurriendo á medidas extremas, contrayendo las más terribles responsabilidades si es preciso, que se den por agotadas.

Sirviéndose unas veces de los cabos y sargentos, acudiendo otras á los puestos de mayor peligro, recorriendo con frecuencia su línea, deteniéndose para dirigir una palabra á aquellos cuyo espíritu vea vacilar, llamándolos valientes, pero sin perderles de vista, procurará ir excitando cada vez más á su tropa, no permitiendo ni dando tiempo para que se distraigan los soldados ni que dejen de verle y de oír su voz para conservar, en los momentos que necesariamente se han de suceder, su influencia y su mando. Una vacilación en él, un gesto, hasta un movimiento inconsciente impuesto por un proyectil que pasa cerca, le hará perder una gran cantidad de fuerza moral, y si no la repone con una frase inmediata, con una gracia ó un desprecio, no la recobra ya.

Este trabajo ímprobo, que significa nada menos que el convertirse en fuente inagotable de lo que es raro encontrar en los hom-

bres, vá acompañado de otros de observación exterior, acerca de la distancia á que se encuentran del enemigo, de la dirección de los fuegos, del efecto que causan, de la fatiga de su tropa por el gran trabajo que realiza, del estado de las municiones, del sitio donde se encuentra su capitán, de recibir y cumplimentar sus órdenes, de que sólo los heridos se retiren, ó de que sean atendidos de la mejor manera que se pueda, y más y más cuestiones importantísimas acerca de la configuración del terreno para el avance, de la que tiene el que el enemigo ocupa, si es ó no obordable, etc., etc.

¿Imaginamos que todo esto es de sentido común?

Si las operaciones mejor pensadas y estudiadas fracasan en ocasiones por no haber tenido en cuenta detalles insignificantes al parecer, calculemos lo que debe suceder si descuidamos al factor más importante, al ejecutor de todo cuanto se disponga. Es necesario, indispensable, que cesemos ya de pedir *peras al olmo*, y de hacer *rogativas* para ganar batallas, si no estamos preparados con un buén *mazo*.

Estas se ganan por el cuerpo de oficiales;

no creamos en hechos maravillosos; en la guerra se gastan pocas **filigranas** y finezas; en ella todo es fuerza, todo es brusquedad, y para hacerla ó para soportarla cuando se nos imponga, necesitamos preparación, endurecimiento de nuestro corazón y cuerpo, para tener un gran remanente de fuerzas y de energías que derrochar cuando llegue el caso.

Estúdiense los planes de campaña mejor meditados; tengamos las bases de operaciones más excelentes; dótese al ejército del más precioso material; hágase una movilización perfecta; tengamos todos las comunicaciones y elementos necesarios para que la logística realice su misión en el tiempo calculado sin cruzamientos ni lugar á ellos, y, con todo esto, nos faltará lo principal, si no tenemos educados á los oficiales, si no están preparados habiéndonos ocupado antes en los Cuerpos, precisamente en los Cuerpos, no en las Academias, de la formación de su cuerpo y de su alma para los combates, porque en los regimientos y batallones han de combatir. El choque y la destrucción, el poder vivir en medio de las privaciones y en el caos, son las últimas

palabras de la guerra, y pues que nosotros tendremos que hacerla, necesitamos adecuada preparación.

Este es el secreto de otras sociedades y de otros ejércitos: la educación de sus oficiales. Admiro al ejército alemán, no tanto por su poder, cuanto por el espíritu de su cuerpo de oficiales, que es la esencia de él. Traer aquí sus leyes, sus reglamentos, usos y costumbres, me parecería el mayor de los absurdos. Nuestra fuerza la debemos buscar y encontrar en nosotros mismos, sacarla de nuestro carácter, de la capacidad de nuestra raza, que no está agotada ni es inferior á la que puedan tener las demás. Abandonemos la importación de procedimientos, usos y costumbres, que, muy buenos en otras partes porque son la resultante de su modo de ser actual, de su historia, de sus necesidades, y hasta de su misión perturbadora ó civilizadora de la sociedad en general, no pueden ser ventajosas para nosotros, porque no encajan en nuestro temperamento y carácter, porque para que la importación fuese provechosa, tendríamos que variar ó modificar hasta las raíces de nuestra organización social, y,

aun más, que por nuestras venas circulase la sangre de otros pueblos: es decir, que sería indispensable que dejásemos de ser lo que somos, y esto es lo último á que debemos renunciar.

Importemos adelantos; estemos al tanto del movimiento intelectual exterior; tomemos de ello lo que sea conveniente, pero en leyes, usos y costumbres, las nuestras son las mejores que para nosotros se han escrito: váyanse modificando por nosotros mismos con arreglo á las necesidades que deben llenar, y no busquemos curanderos para nuestros males entre los que tratan distintas enfermedades, no ocupándose para nada de las nuestras, porque nos matarán seguramente.

El hombre debe estudiarse en el medio en que vive, y los resultados de este estudio, no debemos generalizarlos haciéndolos extensivos á los que viven en otro; y si la generalización y la extensión no convienen en los individuos, es menos oportuno hacerlas á las sociedades, de las cualidades y aptitudes de una de ellas, aunque en el orden de ideas de lo que entendemos por civilización, marche á la cabeza de todas.

Esto no dice más, sino que ha encontrado su camino para elevarse; busquemos el nuestro con perseverancia, con aplicación, con valor, con energía y seguramente lo encontraremos.

Sin desatender cómo son y cómo piensan los demás, debemos ocuparnos preferentemente en lo que somos nosotros, y, concretándonos al hombre militar, porque aquí no tiene cabida otra cosa, estudiémosle para sacar el mejor partido de sus cualidades, para atenuar sus defectos y para seguir en la guerra los procedimientos adecuados al fin que nos proponemos.

¿Es el español apto para la guerra? Con decir que existe España por propia virtud y no por tratos, con miseraciones y protecciones extrañas; que vivimos para nosotros y no para sostener equilibrios entre otros poderes; que esta vida es permanente en sí, no dependiendo del engrandecimiento de los demás ni tampoco de su ruina, está contestada esa pregunta, porque en el mundo no vive más que lo que tiene vigor para vivir y fuerza propia para sostener ese vigor y esa vida.

El principal elemento con que contamos

es el soldado. Humilde, sóbrio, resistente á la fatiga, siempre se halla dispuesto á marchar, á acampar y á combatir. Por falta de estudio y de prudencia hemos exagerado en muchas ocasiones estas cualidades considerándole como inagotable, olvidando que es hombre y que debemos rodearle de cuidados y atenciones para conservar sus fuerzas y para que viva.

No es este mal de ahora. Los ejércitos españoles generalmente han carecido, no sólo de lo necesario, sino de lo indispensable: lo que en ellos no servía para matar, se ha considerado como accesorio ó como lujo. Llamamos *impedimenta* á cuanto debiera remediar sus necesidades corporales y hasta militares, procurando que sea poca. En lo sucesivo será un crimen proceder de manera tan insensata. Hoy la guerra la hace el oficial y el soldado con la *impedimenta*; el no llevar lo necesario para la conservación del soldado, el obligarle á marchar largas jornadas cargado con cuatro ó seis raciones, además de su equipo y municiones, para economizar medios de transporte, es aniquilar nuestra potencia antes de combatir; es llegar al choque ya destro-

zados; es renunciar á la victoria, porque aunque el triunfo nos acompañe, á costa de dolorosísimos sacrificios, no podremos sacar de él las ventajas que, para que lo sea, debe tener como complemento.

Antes de emprender una operación en grande ó pequeña escala, debe el que manda calcular eso que llamamos impedimenta para que el soldado marche bién alimentado y holgadamente, y para que, en todo el tiempo que dure, pueda entrar en combate con la integridad de sus fuerzas musculares: si no se dispone de medios y se obliga á marchar á la ventura, á vivir gastando de si mismo ó de lo que se encuentre; si fiamos en la resistencia del soldado más de lo que la prudencia aconseja, iremos en busca de un desastre, y si no lo encontramos, perderemos por lo menos fuerza, moral y tiempo inutilmente. Todo cuanto se manda á nuestros soldados es puntualmente obedido; marcha hasta extenuarse ó morir, vigila después de penosísimas etapas, come lo que se le dà, y jamás rehuye el puesto de peligro cuando se le sabe conducir; pero no es inagotable como en algunas ocasiones se le ha considerado.

El oficial que sabe cumplir con sus deberes, no debe descuidar detalle alguno que se refiera á sus soldados. Con igual interés ha de cuidar de su alimentación, que ha de estudiar su alma; debe saber como se encuentran sus soldados física y moralmente para deducir que es lo que puede exigir de ellos; hasta donde puede llegar sin destruirlos, teniendo en cuenta que no es sólo el plomo enemigo el que causa bajas; que las necesidades de la campaña, que el esfuerzo á que durante ella nos hallamos sometidos, son también causa de pérdidas importantísimas en el personal y de destrozos en el material. A que sean menores, á disminuir la mortalidad y la enfermería, por supuesto dentro de esas necesidades de la campaña que son la atención preferente, debemos encaminar nuestros esfuerzos y cuidados cada cual en la órbita de sus facultades.

Son muchísimos los soldados que se inutilizan en campaña, pudiendo asegurarse que el número de hospitalidades y de muertos, es mayor por enfermedades que por el fuego enemigo. Esta consideración nos hace ver hasta donde debemos llevar nuestro celo para ocuparnos de su comodi-

dad, de su descanso, de su alimentación, de enseñarles á que se cuiden y de evitarles toda fatiga y molestia que no sea indispensable.

Nuestro soldado tiene todas las buenas cualidades que puedan apetecerse, faltándole únicamente un grado superior de cultura que suple, porque, impresionable y de espíritu despierto, se asimila pronto lo que vé y lo que se le enseña. Tiene instinto finísimo para apreciar el mérito de sus jefes y oficiales, y, aunque alegre y bullicioso, es reservado, no entregándose fácilmente. Muy expansivo con sus compañeros, no es frecuente ver en él expansiones con sus oficiales y jefes, ni aun dentro de lo que la distancia entre superior y subordinado permite. No se queja regularmente ni hace reclamaciones, y cuando la falta de atención y cuidado traspasa ciertos límites, ó no se le hace justicia, manifiesta su malestar en forma violenta, desentendiéndose de los procedimientos que se le han enseñado para hacer valer sus derechos ó su razón, porque desconfía de que se le haga justicia, creándose en él un estado peligrosísimo que le hace incurrir en faltas graves, pues le pa-

rece que ha agotado los medios para hacerse oír, no habiendo usado de ninguno, y lo que verdaderamente ha agotado es su paciencia para resistir lo que cree atropello ó injusticia. Nace esto de prejuicios que han encarnado en él antes de venir á filas, al ver que en su pueblo todo lo alcanza la influencia ó la amistad con el que manda, con desatención para lo demás, y sostenidos, en parte, en el ejército por el principio *de dejar bien puesta la subordinación*, al que se ha dado una generalidad muy superior al espíritu de la ordenanza, que en todas sus páginas no campea otro que el de equidad y justicia.

No son, por carácter y temperamento, nuestros soldados tan aptos como los de otros pueblos para soportar durante mucho tiempo y á pié firme ciertas situaciones; tienen un gasto de energías tan considerable, que no es prudente hacerles permanecer en ellas. No tienen paciencia para esperar la solución; prefieren precipitarla con el movimiento, aunque las dificultades y el número de bajas vayan aumentando. No es conveniente sostener nuestras fuerzas en actitud pasiva dentro de los campos de ba-

talla; trabajan demasiado su imaginación y sus nervios, aceptando mejor situaciones más peligrosas con tal de que se les imponga acción y movimiento.

Es cualidad de la raza; no es esto decir que falte nervio y vigor: nuestros soldados siempre están dispuestos á marchar adelante, aunque en días ú horas anteriores hayan sufrido pérdidas considerables.

La resistencia para soportar el infortunio por tiempo que nadie es capaz de decir cuánto durará, es la cualidad característica del soldado español. Consumidos por las calenturas, faltos de alimentación, expuestos á la intemperie, andrajosos, secas las carnes que cubrían sus huesos, se ha visto, en esos esqueletos vivientes, espíritu para realizar las más grandes proezas que puede soñar la imaginación. Cuando se les cree extenuados, dan pruebas de gran potencia apareciendo exuberancia de movimiento y vida, donde momentos antes no se manifestaban más que indicios de quietud y muerte.

Todos los escritores militares han consignado, y con razón, que al soldado español no se le debe engañar con respecto al

enemigo, presentándole á sus ojos como cobarde ó inepto, ni hacerles ver fáciles las empresas que deben acometer; á todo debe dársele, sino el justo, un aproximado valor, para que dén el esfuerzo proporcionado á la empresa, y más para que no se consideren engañados ni sorprendidos por resistencias que no esperaban. Las sorpresas, los peligros no esperados, los accidentes no previstos, causan grandes males en todos los ejércitos: en el nuestro más que en ninguno, porque somos más impresionables. Conviene que conozcan el peligro, y, si fuera posible, que estén al tanto de las dificultades que sucesivamente se han de presentar para templar su espíritu y preparar sus fuerzas, moviendo continuamente los oficiales su alma con palabras que les recuerden los sentimientos de Patria y honor ó hechos gloriosos de nuestra historia y sus cuerpos siempre que se pueda, aprovechando los instantes en que se debe avanzar. Necesita nuestro soldado, más que otro alguno, de la dirección constante del oficial, lo mismo para contenerlo en los desbordamientos producidos por entusiasmo y ardor irreflexivo, que por terror pánico motivado

por fantasmas que crea su ardiente imaginación. Ambas situaciones deben ser la preocupación constante del oficial para adelantarse á ellas con su observación y talento, y para impedir que lleguen con su calma, sangre fría y valor, necesitando para ello leer en el corazón de sus soldados y adivinar lo imprevisto. *Esto no es de sentido común ni mucho menos*; exige una preparación delicadísima; una posesión absoluta de sí mismo y de la importancia inmensa del cargo que se desempeña, así como de los males irreparables que un descuido, omisión ó cobardía pueden causar á la Patria.

El oficial que no está preparado, el que no piensa en estas cosas ni las siente, está expuesto á deshonorarse al convertirse en otro loco más que marcha adelante sin saber lo que hace, ó en un cobarde que huye de su propio miedo. Lo imprevisto es lo más delicado que se trata en la guerra, bien nazca de propias deficiencias ó descuidos, bien porque el enemigo siembre el camino que debemos recorrer con medios de destrucción que no presintamos ó conozcamos, debiendo los oficiales tener soluciones pre-

paradas hasta para los casos menos probables, y cuando en absoluto faltan, por imposibilidad de prever ó por carencia de elementos para conjurar el peligro, ó para atenuarlo, debe tomarse una resolución, contando como axiomático, que la más enérgica suele ser la más conveniente, cualquiera que sea el número de fuerzas con que se cuenta, y que jamás se debe permanecer indeciso, porque la indecisión es la muerte en esos momentos, de los que se sale con vida cuando se la desprecia.

El oficial que esté persuadido de que no es capaz de obrar en un momento dado con arreglo á estos principios, no está bien en las filas del ejército: está amenazado de deshonra.

Tengan en cuenta nuestros jóvenes subalternos, que jefes cuyo valor ha sido sometido á duras pruebas en muchas ocasiones, saliendo de ellas con reputación y alto concepto de superiores y subordinados, han aparecido débiles flaqueando sus energías y espíritus, acaso en la decisiva de su carrera, por no apreciar bien la situación en que se encontraban ó sobrevenir accidentes ó peligros que no esperaban.

To la precaución es poca en la guerra, refiriéndome en esto, á las que debemos tomar con nosotros mismos; el aturdimiento y la falta de calma crean las situaciones más difíciles, y peligros reales hasta en donde muchas veces ni está el enemigo.

Debemos persuadirnos de que cualquiera que sea la situación de las fuerzas en los casos de sorpresa, la salvación y aún la victoria, se encuentran donde aparece el peligro, y en vez del movimiento hacia atrás, que parece impuesto por nuestra naturaleza á juzgar por lo que sucede en los ejércitos y fuera de ellos, es preciso marchar adelante, hácia la explosión, hácia el ruido.

Lo que hay que temer en esos momentos es el volver la espalda. El enemigo que trata de sorprender, no vá á combatir, sino á producir la sorpresa, á causar efecto que se traduzca en desorden, en pánico, en vergonzosa huida para destrozarnos á mansalva con fuerzas muy inferiores, llenándonos de oprobio y de ruinas. Pero, si en vez de huir, le esperamos en la posición en que nos encontremos, suponiendo que no hay tiempo para tomar otra, ó salimos á su encuentro aunque sea con fracciones peque-

ñas, es seguro que nos molestará poco, porque al ver nuestra actitud, procurará colocarse pronto fuera de nuestro alcance, y marchará regularmente con tantas ó más pérdidas que las que haya podido causar, porque se creerá sorprendido, y se hallará bajo las mismas impresiones é influencias que nosotros hayamos logrado dominar.

Hay quien piensa que el combate es un accidente y que todos llegan á estar en él cumpliendo bien los deberes que la Patria impone; que lo molesto, lo trabajoso, lo de más peligro en la guerra, son las operaciones que le preceden. Ya hemos visto anteriormente, que las privaciones y fatigas causan un número de bajas superior al que produce el fuego enemigo cuando las campañas son de alguna duración, pero es un error el creer que la situación de marcha ó maniobra puede compararse con la de combate. Son completamente diferentes. En las unas el desgaste es lento, no nos damos cuenta de lo que vamos perdiendo; nuestras fuerzas y hasta nuestras vidas, van extinguiéndose sin saber lo que nos pasa; no hay aparato de destrucción; nada de lo que nos rodea nos excita; presentimos el peligro, pero no lo

vemos; nos rodea una atmósfera impura, quizás de muerte, pero no sentimos sus efectos; y como los hospitales están lejos, y los enfermos en la marcha van quedando á retaguardia, ni oímos lamentos ni presenciábamos agonías. Las miserias, los sufrimientos y la muerte están encerrados por las paredes de los hospitales ó por los límites de las ambulancias. En filas quedan los soldados que están buenos, y á la ausencia del compañero se dedica alguna palabra (para envidiar su suerte algunas veces) y la juventud continúa su marcha entonando canciones ó escuchando las gracias de un compañero. El soldado no sabe lo que se vá perdiendo.

En los combates todo pasa de diferente modo. Desde las avanzadas hasta la extrema retaguardia, se trasmiten ondas que llevan la conmoción á los espíritus, adquiriendo repentinamente una tensión enorme todos nuestros nervios y las fibras todas de nuestro ser. La circulación de órdenes, el despliegue, el rodar vertiginoso de carruajes, el duelo de la artillería, el ruido de los proyectiles, el silbido infernal de las balas, los ayes y lamentos de los heridos, las ór-

denes que debemos cumplir, las que damos en medio de aquel desorden aparente en que todo es actividad, movimiento y ruido; el esfuerzo que cada uno hace para contenerse y para que la débil naturaleza no se sobreponga á nuestros sentimientos de honor y á los sagrados intereses de la Patria, cuya vida se encuentra en litigio en aquellos momentos; el trabajo enormísimo que entonces se realiza; las impresiones que vamos recibiendo acerca de la marcha de la acción y los accidentes é incidentes mil que á cada momento se presentan, determinan un consumo de fuerzas, un gasto tan grande de energías y con tanta rapidez, que se hace indispensable un depósito de ellas superior al gasto, si no queremos verlas agotadas y con su agotamiento sufrir una catástrofe.

Vemos en qué forma se desarrollan las operaciones de guerra anteriores al combate, el gasto que originan y la manera de gastar, que es diferente, completamente diferente, á la forma, gasto y manera que impone el combate. En las operaciones preliminares todos marchan mientras sus fuerzas físicas lo permiten; en el combate no

sucede lo mismo; quedan en muchos fuerzas físicas, pero no avanzan porque las morales han desaparecido, se han agotado, y solo por la disciplina, secundada por los medios más violentos; se consigue que algunos no vuelvan la espalda, ó que queden ocultos mejor número del que quedaría á no emplear esas medidas. Consisten las diferencias, en que las marchas y maniobras afectan al cuerpo y el combate al alma, deduciéndose de esto, que necesitamos preparación adecuada para el primero y otra, que es diferente, la que exige la segunda. Para el primero se consigue en los campos de instrucción, en los gimnasios, en las marchas de preparación, haciendo que sean progresivas en cuanto al recorrido que debe hacerse, velocidad que se debe emplear, peso que se ha de llevar; en los reconocimientos, en la buena instrucción é higiene, y en cómodos, bien ventilados y abrigados alojamientos.

La preparación de la segunda es necesario que se haya iniciado desde más lejos; la sociedad tiene importantísima parte en esto. Todas las profesiones pueden aportar un contingente muy respetable en la edu-

cación del alma para los combates. En familia, en la escuela de primeras letras, en las enseñanzas superiores, en las universidades, en la fábrica, en el taller, en todas partes, se pueden prestar grandes servicios, si en ellas procuramos familiarizarnos con la idea de que llegará un día en que será necesario derramar la sangre por la Patria. Esto que se vé, que se considera como una contingencia remota, y con esperanzas, qué digo esperanzas, con la certeza de que no llegará, es indispensable que lo veamos, nó como probable, sino como seguro; nó como remoto, sino como próximo; persuadiéndonos de que en esto consiste el verdadero patriotismo, nó en gritar ni en pronunciar palabras y discursos que nada resuelven cuando el peligro amenaza.

Si los Cuerpos recibiesen sus reclutas con esa preparación, familiarizados con la idea de que todo lo deben á su Patria, y que cuantos sacrificios hagan son pequeños cuando se trata de su vida ó de su honra, quedaría su labor reducida á lo que debiera ser.

Como nada de esto sucede, parece conveniente que los oficiales subalternos sigan

en las salas de los cuarteles, un plan, cuya finalidad debe ser la conservación de ese santo sentimiento y calor poco ó mucho que traen de sus casas los reclutas, alimentándolo frecuentemente, proporcionando el oxígeno necesario para sostener la combustión, oxígeno que extraerán de las páginas de nuestra historia, haciéndoles familiares los nombres más esclarecidos, unidos á las hazañas que realizaron. Deben hacerles comprender que la Patria está siempre necesitada del esfuerzo de sus hijos y que sólo con nuestros sacrificios lograremos que viva. Les explicarán, cuidando de hacerlo entender, la formación de nuestra sociedad, poniendo de manifiesto las luchas seculares que nuestros padres tuvieron que sostener para legarnos independiente esta bendita Patria que á todos nos cobija; les dirán que en ella están sus cenizas que nosotros guardamos como depósito sagrado, con la obligación imprescindible de impedir, aún á costa de nuestra vida, que nadie las profane; ponderarán el valor del soldado español, presentándole como invencible cuando obedece ciegamente á sus jefes en los campos de batalla; procurarán ins-

pirarles amor hácia la bandera de su regimiento, explicándoles lo que representa; con palabras y obras crearán en ellos sentimientos fraternales para cuantos individuos componen el regimiento, persuadiéndoles de que todos somos hermanos, que todos estamos animados de las mismas ideas, y que no es su sangre la única ni la primera que se ha de derramar; que su misión es la más importante porque en ella está fundada la existencia de la Patria y la conservación del orden, y todo cuanto tienda á templar su espíritu para los combates de los que les hablarán frecuentemente y de sus resultados, encariñándoles con la idea de la vuelta á sus pueblos cubiertos de gloria.

Esta labor, bien difícil de realizar, sería fácil si los reclutas ingresaran en el ejército con mayor instrucción, ó si las corporaciones populares dedicaran alguna atención á tan preferente asunto; pero hay que reconocer, por amargo que sea, que la indiferencia se ha apoderado hasta de las clases directoras y que no se piensa en ello, debiendo dejar estas consideraciones que nos conducirían á donde en este trabajo no se debe llegar.

El servicio militar obligatorio, puede remediar nuestros males.



Capítulo III.

ARMAS

Otro de los medios que utiliza la táctica son las armas, según hemos manifestado anteriormente.

En las líneas que conocemos y que constituyen, por decirlo así, el patrón á que ha de sujetarse la concepción de los oficiales, no hay ninguna que se refiera al conocimiento de las armas con la generalidad necesaria para que la táctica las emplee con acierto, dejando esto dudas acerca de si su estudio está comprendido bajo el epígrafe Táctica, ó si se ha querido separar el conocimiento de las armas para darles la importancia que tiene, haciendo su estudio con independencia del de la táctica y unirlos después, para que esta cuente con más recursos y pueda manifestarse abrazando campo de mayor extensión.

También ofrece dudas si el estudio de las armas está comprendido en la línea que dice, «En teoría y práctica del Tiro», ó si

ha de ir á la de «En arte militar», donde cabe todo. Sea lo que fueré, el epígrafe «Armas» no existe en las notas de concepción, pero esto no puede ser olvido; consignado, ó nó, debe tener cabida en uno, y éste habrá sido seguramente el pensamiento que se tuvo al redactarlas, porque no se concibe un oficial que carezca de esta instrucción.

Llevarémosle, pués, al que parece más indicado, al de la línea «En teoría y práctica de Tiro». Veamos cómo se califica á los oficiales, lo que se exige para fundar la calificación, el aliciente que pueden tener para merecer cada día más, ó la depresión de ánimo é indiferencia que nacerá en ellos al verse recompensados ó nó, cuando trabajan y estudian, lo mismo que cuando se descuidan.

También existen las notas de Bueno, Mucho y Sobresaliente: el fundamento para estamparlas, ninguno; porque á ninguna prueba se sujeta á los oficiales para hacer la calificación, imperando la buena fé de la Junta de jefes, que no basta, ó el criterio que antes han manifestado otras; porque como no nos tomamos el trabajo de buscar en los oficiales datos para juzgarlos, ni

muchas veces nos es posible por falta de elementos y otras porque nos supeditamos á la rutina, dejamos las notas que han traído de otros cuerpos, que es muy cómodo, y resulta que hay concepción de 20, ó 30 años atrás, es decir, desde que se nace hasta que muere en la vida militar.

De tal proceder debe obtenerse indiferencia, quietud, holganza, y, como consecuencia, olvido de lo que conocían, sabían, ó de los elementos que les ponían en disposición de saber, no siendo estos los males mayores que se padecen, pues también se les hacen perder los hábitos de estudio y trabajo, separándolos, ó contribuyendo á que se separen, de lo que de ellos debe ser inseparable, de los libros, que son sus más leales amigos, los que jamás les engañarán, los que proporcionan los goces y las distracciones más puras, con honra y provecho, precipitándoles sobre caminos que no deben recorrer, al dejarles tiempo abundante no sólo para el descanso, sino hasta para el aburrimiento.

La milicia moderna, las necesidades del servicio, los conocimientos que necesitamos para el regular desempeño de nuestra

delicada misión, la rapidez con que se suceden los adelantos en las armas, las variaciones que imponen en la táctica, aunque no se hayan llevado á los reglamentos, que forzosamente han de permanecer estacionados durante un tiempo más ó menos largo, pero siempre muy considerable; las modificaciones que debemos presentir, estudiar y hacer evidentes para que tenga sanción legal, quedando debidamente consignadas en ellos, sirviendo de punto de partida para otra y otras que nos vayan acercando á lo menos defectuoso, no quedando retrasados con respecto á otros ejércitos, demandan imperiosamente actividad, estudio, conciencia de nuestros actos, observación y sacrificios en fatigas y vigilias producidas por el esfuerzo corporal ó de imaginación.

Ya es tiempo de dejar el ayer y entrar francamente, con voluntad, con fuerza irresistible, en el camino que con tanto fruto recorren otros ejércitos.

Hay que reconocer que la instrucción individual en el tiro ha adelantado de una manera prodigiosa en el nuestro, principalmente en los cuerpos que por su si-

tuación local no están abrumados por el enervante servicio de guardias, ni tienen que facilitar por docenas ó por cientos escribientes y destinos, pues aunque á todos se obliga á sostener cierto número de rebajados para nutrir sus fondos de material y para otras atenciones, ha sido posible organizar la instrucción y darle un desarrollo suficiente, si bién se padece escasez de municiones. Esta observación de la escasez, dice por sí sola todo lo que en esto se ha alcanzado; antes sobaban, pesaban, no por que hubiese más, sino porque no se gastaban ó se imponía gastarlas precipitadamente y mal; hoy se gastan con fruto haciendo observación é historia de cada disparo. No tenemos, es cierto, campos de tiro, pero poco á poco, con más ó menos dificultades, encontramos donde tirar, y esto ya es mucho comparado con lo que antes sucedía, aunque no basta.

Nuestro Reglamento de Tiro está hecho, naturalmente, para practicarle en campos de tiro, y como carecemos de ellos, se hace lo que se puede, que si bién no es todo lo que aquél consigna, es algo, porque se há iniciado un adelanto considerable en ésta

importante parte de la instrucción del soldado.

El fusil vá dejando de ser un compañero molesto que sirve únicamente para el manejo del arma, y alguna vez, así como por accidente, para tirar al blanco sin orden ni concierto, para convertirse en el amigo cariñoso al que hay que conservar y cuidar tratándole con gran consideración.

La instrucción que se dá es muy racional; se sigue un buen método, con extensión suficiente para alcanzar parte de lo que se desea, que es crear buenos tiradores en los tiros preparatorios y principales que previene el reglamento; pero no se puede pasar de ahí; no llegamos á la finalidad, que es la instrucción en el tiro individual de guerra, ni al de sección y compañía, que son los más importantes. El tiro de guerra individual ó colectivo no se ensaya ni se estudia, porque no hay dónde practicarlo, y como el reglamento no previene ejercicios individuales más que hasta 600 metros, resulta que el conocimiento práctico del arma, para el oficial y soldado, es muy deficiente.

Se enseña á los soldados la descripción

del arma; se les dán algunas nociones muy elementales de balística; se les hace apreciar distancias por medio de ejercicios preparatorios; tienen escuela de punterías y, cuando poseen estos conocimientos, empiezan sus prácticas en el tiro.

Los oficiales son los que enseñan, presencian el tiro, corrigen lo que encuentran defectuoso, hacen las observaciones necesarias, puntualizan los disparos irregulares, tratan de determinar las causas, y llevan la contabilidad y detall de esta instrucción, todo bajo la dirección de los capitanes que resuelven dudas cuando se presentan.

Esto no puede bastar para calificar á los oficiales en el conocimiento de «Teoría y práctica de Tiro»; esto no es conocer las armas; será, á lo más, ponerles á la misma altura que á los soldados más aventajados, y ello es lo que se exige, cuando se exige, para la calificación. Ni aún demostrando mayor instrucción estaría justificada, pues hoy el conocimiento de las armas no estriba tanto en el de sus condiciones balísticas, aunque sea con toda extensión, cuanto en sus relaciones con las formaciones que deben emplearse según las clases de fuegos á

que nos veamos expuestos, de infantería ó de artillería, y las distancias á que nos encontremos del enemigo. Es decir, que debe estudiarse el arma con la mayor extensión posible en abstracto, para deducir consecuencias y relacionarlas con las formaciones adecuadas para aproximarse con menos pérdidas al enemigo en la ofensiva, ó para hacérselas sufrir mayores en la defensiva y esto se consigue con el conocimiento de las tablas de tiro del fusil y cañón enemigo en el primer caso, y las del propio en el segundo.

En vista de esto y del resultado de las experiencias que se han hecho, y están publicadas, con las armas en uso en la mayor parte de los ejércitos europeos, acerca de la vulnerabilidad de las formaciones á diferentes distancias, y teniendo en cuenta las correcciones que es indispensable introducir, porque para experiencias no suelen elegirse las fuerzas que tienen nivel medio de instrucción, sino las que la poseen en algún grado superior, y las importantísimas que se refieren á las enormes diferencias que existen entre los resultados que se alcanzan en los polígonos de tiro ó campos de instruc-

ción y los de batalla, tendremos los datos necesarios para aproximarnos á lo más beneficioso, ó por lo menos para seguir la línea de conducta más racional, colocándonos cerca de la perfección sí, en el funcionamiento de estos factores, introducimos acertadamente el acoplamiento de las fuerzas al terreno, su buena proporcionalidad con relación á la empresa, y tenemos en cuenta su estado moral y material para no traspasar ciertos límites.

Aquí se nos manifiesta claramente lo complejo del problema que debe resolver la táctica.

Las formaciones que previenen los reglamentos, tienen forzosamente que modificarse, porque están estudiadas con arreglo á los principios que se desprenden de las cualidades de las armas, deduciendo las que esas propiedades aconsejan, para que teniéndolas en cuenta el mando, porque llevan en sí datos importantes del problema, las varíe en cada caso con arreglo á las demás circunstancias que no pueden consignar aquellos por su variedad infinita. Así lo manifiestan lo mismo en la Memoria que generalmente les precede para justificar su

razón de ser, como en el texto, cuando tratan de explicar alguna disposición, ó formación fundamental.

Existen principios fijos aplicables á todos los combates, pero no sucede lo mismo con las formaciones. Cada combate pedirá su disposición especial para las fuerzas combatientes, y el darles la más adecuada en todas sus fases, es lo que constituye el talento, el valor, la prudencia y pericia del que manda.

Que el oficial subalterno deba ó no tener estos conocimientos por que esté cerca ó lejos de verse precisado á obrar por sí y á decidir, es cosa que ni debe mencionarse; en primer lugar porque de su madera se hacen los jefes y los generales, y en segundo porque les están encomendadas muchas empresas en que mandan en jefe en su pequeña unidad, que, pequeña y todo, no se sustrae á las reglas generales.

Vemos, pues, que, para cumplir con nuestros deberes, no basta el conocimiento de las condiciones del fusil en cuanto alcance, precisión, tensión de su trayectoria, dispersión, agrupamiento de proyectiles y espacios batidos: necesitamos más; necesi-

tamos conocer el valor de nuestras armas traducido en eficacia para las diferentes formaciones y distancias, así como el valor de las armas que puedan ser enemigas, con la misma traducción para las formaciones que nosotros empleamos. Para dominar estas cuestiones se necesita lectura, estudio, meditación y, sobre todo, prudencia para comparar los resultados que se alcanzan en las experiencias y que, con algún fundamento, pudiéramos llamar teóricos, con los que deben obtenerse en la verdadera práctica, esto es, en los campos de batalla.

Es cierto que el cañón empleado contra infantería parece que no debiera tener nervios cuando se encuentra fuera de su alcance, y, sin embargo, se han de manifestar aunque no esté bajo la acción de la artillería enemiga, porque si bien las individualidades, los oficiales han de hacerse seguramente superiores á todo género de preocupaciones, dominándose, no sucederá lo mismo á los sirvientes en general, por buena que sea su instrucción y su preparación.

El arma en la guerra, aún colocada en las condiciones más favorables, no rinde, ni con mucho, el efecto útil que dá en los

campos de instrucción: si á esto se agrega que la infantería es protegida en su marcha y que el cañón que la bate llama hácia sí el fuego del enemigo, nos cercioraremos de que muy pronto, acaso antes de que se haya podido rectificar la puntería, aparecerán en los cañones los mismos nervios que en los fusiles, y esto sin contar con que la situación del personal de las baterías se hará imposible tan pronto como estén dentro de la zona eficaz de nuestros fuegos.

No hay, pués, que alarmarse al estudiar la artillería de tiro ó carga rápida y ver en sus tablas los resultados que en los campos de experimentación ha alcanzado. Esos miles y miles de balines que, como con la mano, distribuyen los proyectiles Shrapnel á distancias de 4.000 ó más metros, con velocidad remanente en el punto de explosión para sacar hombres de combate, y que parece han de producir inundación y lluvia á la vez de plomo y hierro, segando cuantas vidas encuentren bajo su acción; esas granadas torpedos, granates con cargas explosivas que producen gases asfísiantes, han de quedar reducidos á efectos muy modestos en la práctica, aún en las zonas ideales de la ar-

tillería, por la dificultad de la visión unas veces, por falta de precisión en la apreciación de las distancias otras, y siempre por la perturbación que ha de introducir en el enemigo el fuego de la artillería amiga.

Conozcamos las propiedades teóricas de esas armas para preservarnos lo que sea posible en la práctica, pero sin concederles más importancia que la que tienen, pensando en que sus adelantos modificarán muy poco la manera de ser de los combates. No están esos perfeccionamientos suficientemente contrastados, no han pasado aún por el crisol que quita impurezas, por los campos de batalla donde todo queda reducido á su justo valor; pero aún concediéndoles cuanto se espera de ellos, siempre quedará en la infantería superioridad abrumadora. La vieja reina de las batallas no perderá su cetro porque un cañón dispare cuatro ó cuatrocientos tiros por minuto; ella disparará cien mil; ella es lo más humano que existe en las guerras, y éstas se hacen con hombres y con sus pasiones como elemento principal; lo demás es secundario aunque se le conceda, y desde luego tenga, una gran importancia.

No podemos estar conformes con las ideas exageradísimas que algunos tienen acerca de los efectos que ha de causar la artillería moderna en los campos de batalla, y menos lo estamos con los que tratan de hacer ver que han de ser nulos ó poco menos. La pasión llega en ésto á verdaderos extremos. Vamos á copiar á continuación lo que dice *L'Italia Militare é Marina*. Roma 7 y 8 de Noviembre, tomado del resúmen que hace el Depósito de la Guerra de las noticias y artículos más importantes que publican las revistas y periódicos militares extranjeros en dicho mes de 1901. Dice:

«Para la historia de la guerra anglo-boer es bueno registrar que, después de dos años de continuos combates, los ingleses se han persuadido de la inutilidad de la artillería, dado el carácter de aquella lucha, y se está buscando un pretexto para desembarazarse de ella en el Africa del Sur y remitirla á la metrópoli.—Un corresponsal de la guerra, de los más expertos y que ha seguido la campaña desde sus comienzos, afirma que los cañones no son más que un gran inconveniente para la marcha y libertad de acción de las

«columnas de operaciones.—Solo en muy
«pocas circunstancias han prestado ser-
«vicios apreciables.—El corresponsal mani-
«fiesta el hecho de una batería que, desde
«Septiembre de 1900 hasta hoy, ha recorri-
«do, entre marchas y contramarchas, 3.220
«kilómetros y no ha hecho más que 24 dis-
«paros: puede calcularse la enorme suma en
«que habrá gravado los gastos de la guerra
«tan inútil batería.—Añade el citado corres-
«ponsal que una gran parte de las tropas in-
«glesas tienen que emplearse en escoltas pa-
«ra proteger los cañones.—En cuanto á los
«comandantes de columna solo tienen una
«preocupación: poner las piezas á salvo de
«toda eventualidad. Perder una batalla es
«menos denigrante para ellos que perder los
«cañones.—Como consecuencia de todo esto,
«parece que lord-Kitchener ha determinado
«mandar á Inglaterra los 560 cañones de
«campaña puestos á su disposición, y rete-
«ner solamente alguna batería Maxim y de
«los llamados Pom-Pom, para cualquiera
«eventualidad.

Muy experto será ese corresponsal, pero si fuese cierto lo que afirma, habría que convenir en que era un mito la existencia

del ejército inglés, por carecerse en él de mando, de dirección, de conocimientos de material y de los más elementales rudimentos militares. Nó, no puede ser cierto que un ejército, sea el que fuere, mire hoy su artillería, en esa campaña ó en cualquier otra, como un estorbo, no mereciendo tal enormidad los honores de la discusión. Todo lo más que demostrará el corresponsal es ineptitud en los artilleros ingleses ó ignorancia incomprensible en la manera de emplear su artillería; pero persuadirse de su inutilidad, es mucha persuasión. No hay terreno donde no sea útil, qué decimos útil, indispensable el uso de la artillería. Dejémos, pues, de exageraciones en todos sentidos para no alucinarnos; estudiemos las armas como son, sin atribuirles maravillas que no pueden realizar, pero sin quitarles un átomo de su importancia: seamos juiciosos, demos á cada arma el valor que le corresponde y no las saquemos de su aplicación y de su curso regular, porque el hacerlo conduce á desengaños terribles ó á arrepentimientos tardíos y á males irreparables para nuestro crédito y, lo que es peor, para la Nación.

La movilidad de la infantería, su aptitud para eludir el ser batida en brecha, la rapidez con que se convierte en enjambre amenazador creando una atmósfera que, si bien penetrable, no puede ser disipada por muchos que sean los proyectiles que la atraviesen; la facilidad con que se cubre en toda clase de terrenos, aunque el arte no los modifique ventajosamente; su flexibilidad para poder deslizarse sin ser vista y acortar distancias; los efectos verdaderamente terribles de sus fuegos sobre las baterías que se encuentran dentro de su alcance, y el efecto moral de sus cuchillos, le aseguran más cada día su peso formidable en los combates.

Deben los oficiales de infantería mirar como principios axiomáticos, que en los campos de batalla nada puede resistir á los fuegos de sus fuerzas si ellos saben dirigirlos; que en los combates sucederá lo que hasta aquí, jugando cada arma el papel que le corresponde; que los perfeccionamientos alcanzan á todos y que no se ha roto el equilibrio ni trasladado á otra parte el centro de gravedad del choque.

Habrá modificaciones en las formas du-

rante la experimentación verdad de los nuevos elementos de guerra ó después de ella; se afirmarán las ideas que hoy prevalecen ó se manifestará desencanto; se parará ó se irá aún más adelante; pero, suceda lo que quiera, el equilibrio hoy existente subsistirá, porque no pueden romperse las leyes naturales, ni en la guerra, ni fuera de ella.

La artillería romperá la escena y preparará; la infantería ejecutará vertiendo á torrentes su sangre y la del enemigo, y la caballería dará siempre seguridad y resolverá cuando pueda.

Estas leyes no pueden quebrantarse, porque ninguna arma tiene más capacidad que la indispensable para llenar su objeto, no pudiendo, por lo tanto, suplir á las otras; bastante hará cada una de ellas con cumplir debidamente su misión.

Los adelantos en una arma, traen adelantos para las otras, por qué en la guerra no suceden hechos aislados. Un paso adelante en artillería por ejemplo, determina otro en igual sentido en la ciencia ó en el arte militar, del que participan cuantos elementos constituyen el ejército. De suerte

que al decir que tal ó cual arma ha hecho estos ó los otros progresos y que su importancia va aumentando, no debemos en manera alguna entender que tiende á pesar más que las otras, y á anularlas ó á bastarse á sí misma, sino lo que es muy diferente, que consiste en que la que realiza progresos, es cada vez más útil para que la táctica realice mejor lo que se propone al proporcionarle mayores recursos y elementos, y esto no disminuye la utilidad ni la importancia de las otras.

Antes la infantería era la única que podía bastarse para muchas empresas; hoy el número de éstas se va reduciendo considerablemente. ¿Pero quiere esto decir que haya disminuido su importancia ó que se pueda prescindir de ella?

Guardémonos de creer que el papel de la caballería ha pasado á segundo lugar por el alcance, precisión y rapidez del fuego de las armas modernas. Nada, absolutamente nada, ha perdido: se sostiene á la altura que viene teniendo hace siglos; su importancia es la misma que en los tiempos pasados, y cada día se hará más difícil prescindir de ella, lo mismo en los campos de

batalla que en las operaciones que les preceden, no obstante ser el caballo el elemento principal de que se dispone y no ser susceptible de progresos. Tiene esta arma brillante porvenir en los sacrificios que aún ha de realizar y quedan todavía para ella en los campos de batalla bastantes laureles que, al recogerlos, justificará su existencia y su importancia en los combates.

Es la caballería la seguridad y la vista de los ejércitos; sin ella no se puede dar un paso adelante, porque marcharíamos ciegos. Son nuestros compañeros inteligentes y entusiastas, conocen sus funciones y la importancia de los servicios que les están encomendados, y como el alma de esta arma es la rapidez, la osadía, la acometividad, el enloquecimiento en un momento dado, que es necesario saber aprovechar, no sólo por el General, sino también por los coroneles de los regimientos y por los mismos oficiales, necesitan, más que los de otras armas, de propias iniciativas y éstas se adquieren en verdaderos campos de maniobras donde se eduquen y se califiquen para estímulo á sus jefes y oficiales. Pero como los campos no existen, ni las manio-

bras se verifican; como tampoco la resolución de ciertos problemas, cuya solución corresponde dar á la caballería, se intentan ni siquiera en su planteamiento; como la combinación racional de las armas en campos de instrucción no se hace entre nosotros de una manera metódica y didáctica, resulta que estos jefes y oficiales no pueden crearse por experiencia reglas de conducta para seguirlas sin vacilaciones cuando llega el caso; no ven por sí, no pueden asimilarse como evidente que su peso, que su iniciativa y fiera acometividad, dan solución al problema combate en muchas ocasiones, aprovechando las ventajas del triunfo, ó sacrificándose por la salvación del Ejército.

Esto que conocen, que saben por sus libros, es indispensable que lo vean y toquen en combates simulados que se aproximen á los reales cuanto se pueda en condiciones y circunstancias. Si no se procede así en la instrucción de esta arma, esperaremos una cosa bien difícil de que se nos conceda, cual es que en los momentos de angustia aparezcan en ella verdaderos artistas que inventen sobre lo que jamás han visto, y que realicen por intuición ó por casualidad, aquello que

debieran esperar realizar por sí, por serles conocido, sin excitación ni orden alguna, porque en los combates se suceden los momentos con suma rapidez, variando á cada instante las situaciones de las fuerzas combatientes y su moral, haciéndoseles preciso saber acechar la ocasión en que, en grandes ó pequeñas unidades ó fracciones, sea oportuno arrojarse sobre el enemigo, para aniquilarlo sin esperar órdenes que no vendrán cuando esos mismos jefes ú oficiales las crean necesarias.

La caballería es importantísima: es el arma del sacrificio si responde debidamente á lo que de ella debe esperarse, y sus jefes y oficiales no sólo han de tener las cualidades de las otras armas, en cuanto á pericia y valor, sino que deben tener el valor de la responsabilidad más desarrollado que aquéllos, para cubrirse de gloria sacrificándose por sus hermanos y por su Patria, ó para sufrir las consecuencias de faltas que pueden cometer, si no aprecian bien la situación ó usan mal de esas iniciativas. La pasividad, la inacción, las vacilaciones, son los mayores vicios que puede tener la caballería.

Todo lo llena hoy, con fundamento ó sin

él, la artillería en los ejércitos, pero, aún quitándole cuanto se quiera, bién puede afirmarse que sin ella no se vá á ninguna parte; su movilidad y su aptitud para el combate crecen de día en día, porque la industria militar utiliza la mayoría de los conocimientos que vá alcanzando la humanidad, aplicándoselos como propios, y puede decirse que suyos son, porque en sus manos adquieren el desarrollo máximo y el mayor perfeccionamiento. Hoy consigue lo que hace pocos años parecía irrealizable: disminución del peso en la máquina y aumento de su potencia: su complicadísimo material se simplifica: se acerca á tipos únicos en proyectiles y cañones: tiene pendientes de solución importantes problemas que resolverá por los adelantos que se sucederán en metalúrgica, y en la parte de la química que se ocupa en buscar más potencia en las pólvoras y explosivos.

No existe terreno donde no puedan los artilleros emplazar una pieza; por donde trepa un infante puede subir un cañón y sube para tomar parte en la acción, desde que la inicia hasta que termina, pronunciando también él la última palabra.

Nuestros jefes y oficiales tienen sobrada preparación para dar cuanto de ellos se exija, y excelente espíritu de arma: son patriotas; sienten como es debido el cumplimiento del deber, pero creo que tienen el mismo defecto que los de infantería en cuanto á sus armas: creo que tiran poco. El excesivo coste de las municiones impone restricciones en esto de tirar, para hacer economías que se convierten en derroche inútil ó perjudicial cuando las pruebas se hacen en el preciso momento en que el enemigo llama á las puertas de nuestra Patria.

Se desprende del ligerísimo estudio que vamos haciendo, que todas las armas conservan su nivel en el ejército; que todas son igualmente necesarias; que cada una tiene su misión especial sin estorbar la acción de las otras; que para alcanzar resultado en empresas de alguna importancia, es indispensable que se sepa armonizarlas dando á cada una la misión que le corresponda según su naturaleza; que no habiendo cambiado esta en ninguno de los elementos combatientes, tampoco pueden cambiar los combates en su modo de ser.

Pero si en esencia no han de cambiar los

combates, es muy presumible que varíen las formas, ó por lo menos su planteamiento.

El alcance y precisión del armamento moderno; el poco ruido producido por sus disparos; la carencia del humo hasta para distancias de poca consideración; la gran movilidad que va adquiriendo el material de la artillería; la rapidez que puede darse al fuego empleando en él hasta la forma de ráfagas; las dificultades, cada vez mayores, que ha de encontrar la caballería para hacer su servicio de exploración próximo y á distancia, por la facilidad de quedar parte de ella fuera de combate sin presumir ni de donde recibe los proyectiles; el temor de que todo reconocimiento ofensivo se convierta en batalla, y las precauciones que habrá que extremar en las marchas de maniobra, crearán situaciones en que el mando verá llegado el momento del despliegue y ocupación de posiciones, resultando prematuro ó tardío.

Se presume qué formaciones serán las más convenientes para maniobrar bajo el fuego enemigo, pero no se tiene seguridad de haber acertado; las grandes maniobras de verdad lo dirán. Los jefes de batallón y

capitanes han de verse precisados á emplear disposiciones para sus fuerzas, que acaso no prevengan los reglamentos, y esto en momentos críticos, porque las variaciones han de ser impuestas por el excesivo número de bajas que experimentemos.

Estas consideraciones manifiestan la importancia del estudio de las armas en función de las formaciones, estudio que tenemos completamente descuidado y al que creemos no se dedicará atención preferente hasta que contemos con verdaderos campos de instrucción donde las fuerzas que á ellos se destinen puedan practicar toda clase de fuegos, analizar los resultados, resolver problemas, discutirlos, conocer la eficacia del arma para las diferentes formaciones, ensayar la destrucción de cierta clase de construcciones, y, en una palabra, *ver* todo el rendimiento útil de que es susceptible. Los libros enseñan, se aprenden facilmente sus doctrinas cuando hay la suficiente preparación, pero se olvidan también con la misma facilidad sus enseñanzas si no están *vistas, fijas y sancionadas por la práctica*. Recordemos que el soldado aprende los rudimentos de la táctica viendo hacer los mo-

vimientos y no por explicaciones: veamos también nosotros: aprenderemos más que leyendo, dada nuestra instrucción, y llegaremos al máximun de asimilación, cuando leamos y practiquemos.

No parece, en virtud de lo que antecede, que nuestros oficiales están bien calificados en armas; no les damos medios para que manifiesten sus conocimientos ni procuramos que los conserven ó que adelanten en ellos; no excitamos su amor propio con la prudencia que esto requiere, ni fomentamos su emulación. Es cierto que no se puede conseguir perfeccionamiento sin medios, pero también lo es que se puede adelantar utilizando bien sus aptitudes, cosa que no hacemos, y el material, poco ó mucho, de que podemos disponer. *Los oficiales en los cuerpos no hacen hoy más que gastar el capital que traen de las academias, y, como es limitado, desaparece en tiempo más ó menos considerable.*



Capítulo IV.

TERRENO

Es la extensión que ocupan las fuerzas, el teatro de sus operaciones y el de los combates.

La Logística y la Táctica lo utilizan bajo diferentes puntos de vista, pero convergiendo sus miradas al mismo fin.

La primera estudia, cuenta, mide ó pesa los recursos que existen en las zonas de operaciones y en las comarcas próximas, los que consigo deben llevar los diferentes cuerpos de ejército y los que quedan á retaguardia, porque le corresponde dar órdenes para organizarlos é imprimir animación al personal, recursos y material, siéndole necesario conocer las vías de comunicación, cursos de aguas y su situación con respecto al frente de operaciones.

La logística mueve los ejércitos, determina sus etapas, facilita los medios para que vivan las tropas, calcula el tiempo que se ha de emplear en las marchas y el que se ha

de dedicar al descanso, divide los ejércitos para que subsistan y marchen con la rapidez posible y los reúne, cuando puede, en el momento de combatir.

Su misión principal consiste en la combinación de las concepciones estratégicas con la táctica: es el lazo de unión entre la concepción y el hecho. Por eso están ambas íntimamente unidas; no hay en ellas solución de continuidad; no se puede decir anticipadamente donde acabará la logística y empezará la táctica: esto se sabrá después del hecho, esto es, después del combate, antes no, sino en casos excepcionales, porque los combates son los grandes obstáculos activos que presenta el enemigo para detener la marcha é impedir que se alcance un objetivo, y no sabemos dónde intentará la detención, aunque en algunas ocasiones es presumible.

La logística es ciencia del cálculo; aplicada á la milicia es medida de tiempo, conociendo no solo distancias y velocidades, capacidad de la vía ó vías que se empleen para la circulación del personal y de cuantos recursos se hayan de emplear en la guerra, sino el estado material de las fuer-

zas, ó sea su resistencia para la fatiga, y su situación moral.

El problema que resuelve es el más complicado de los que la guerra plantea, y el más importante después del de la táctica. Los grandes capitanes de todos los tiempos lo han sido, porque á sus concepciones estratégicas han dado las proporciones precisas que demandaban sus medios y objetivos y por haber sabido ligarlas fundándose en el cálculo, en forma tal, que en el momento del choque, que es cuando se manifiesta la táctica, aparecieron sus ejércitos en mejores condiciones que los del enemigo por su número, por su estado moral ó por la excelencia de las posiciones á que los condujeron.

La estrategia es concepción, y la logística preparación para un hecho que la táctica realiza.

Utiliza el terreno, sus recursos y sus accidentes en escala muy superior á la táctica: tiene más tiempo para prepararse; antes de la ruptura de las hostilidades debe haberse planteado y casi resuelto sus problemas secundarios.

El Cuerpo de E. M. realiza en los ejérci-

tos bien organizados la misión importantísima que lleva en sí cuánto encierra el concepto de la palabra logística aplicado á las campañas. Su jefe está expuesto á contraer enormes responsabilidades ante el generalísimo y ante su Patria. Cuanto al ejército se refiere, debe tenerlo en la imaginación para dar cuenta en el momento de ser preguntado.

La situación de las fuerzas, objetivos de cada una de ellas, provisiones, estado de municiones, de parques, de toda clase de material, de las comunicaciones, relaciones con el enemigo, con los comandantes en jefe de los cuerpos de ejército, los servicios de información, de espías, política de la guerra, y los detalles mil que lleva consigo, todo gravita sobre el jefe de E. M. G. Su gabinete de campaña es lo más delicado que existe en los ejércitos, y, los jefes y oficiales que lo constituyen, deben ser muy experimentados y de condiciones tan especiales, de tanta capacidad, dominio sobre sí y valor para afrontar responsabilidades, que en muchas ocasiones se verán precisados á obrar por sí, á expedir órdenes en asuntos importantísimos, y hasta á darlas contra-

rias á las que hayan recibido, sin más inspiración ni consulta que sus propias facultades, su talento, el conocimiento que deben tener del estado de las cosas propias y la situación de las del enemigo.

Constituye ese gabinete el cerebro del ejército, el sol que á todos guía, y del que se recibe luz, calor y vida. División del trabajo, orden, método, concisión y claridad en la redacción de todos los documentos que expida, precisión en lo que se mande, energía para exigir el cumplimiento, flexibilidad de imaginación para despreocuparse ante las diferentes situaciones en que puede verse el ejército, gran cantidad de valor para reflejarlo donde sea necesario, impenetrable reserva, corrección sin límites y conocimiento en grande escala y en sus detalles de todas las armas, de sus propiedades y funcionamiento cuando se combinan, son las cualidades que deben reunir los jefes y oficiales que constituyan esa dependencia.

El terreno ha de serles conocido hasta topográficamente, porque en cualquier sitio puede empezar el combate, y ellos deben ser los encargados de la dirección y marcha

de las columnas, dando á los jefes de las grandes unidades las noticias que pidan acerca de la configuración del terreno, avenidas, desembocaduras y cuantos datos necesiten. También les pertenece la misión de señalar, en vista de las órdenes que reciban, el lugar apropiado para acantonar, acampar, y vivaquear las fuerzas con conocimiento de la capacidad de las localidades, de los recursos que en ellas existan, de la facilidad de aprovisionamiento, de su enlace con el frente y bases de operaciones, de sus condiciones higiénicas, de que sean expeditas y rápidas las comunicaciones entre las diferentes unidades, de dar á cada una situación conveniente para desplazarse con facilidad en todas direcciones, y, en una palabra, cuidarán de cuanto pueda afectar á la seguridad de las tropas, á su reunion, á su dislocamiento y á su salud.

Las oficinas de comunicaciones, de la Intendencia, de Administración y Sanidad Militar, del Cuerpo Jurídico-Militar y de cuantos organismos constituyen el ejército, son auxiliares del E. M. del que reciben ordenes y al que facilitan los conocimientos que necesite.

Basta esta ligera reseña de sus funciones para comprender su importancia.

Las disposiciones del General en Jefe son consecuencia de las situaciones de sus propias fuerzas y de las probables del enemigo, facilitándole estos datos el E. M. Una omisión, descuido ó equivocación, el no conocer lo que debiera saberse, la falta de previsión para las contingencias que se pueden presentar, el no prever las determinaciones del enemigo y sus movimientos por los propios, por la situación de los pueblos, por los medios de comunicación, por la configuración del terreno; el no establecer relaciones racionales entre las fuerzas que han de acometer una empresa con su importancia y con las fuerzas del enemigo, pueden ser causa de males irreparables, lo mismo que un combate innecesario ó el rehuir un encuentro cuando sea conveniente.

El conocimiento del terreno, en la escala que lo estamos analizando, es importantísimo. Las maniobras, para que sean racionales, han de estar fundadas en él, porque, cuando no se tiene en cuenta y se verifican, crean para los ejércitos situaciones tan difíciles y peligrosas que, si sobreviene ac-

ción de guerra, se resuelve muy poco ó nada con ella, aunque alcancemos el triunfo, y, en cambio, si somos vencidos, es de temer nuestro aniquilamiento.

No continuamos exponiendo ideas acerca del alto mando y dirección de los ejércitos, porque no es este nuestro propósito: lo dicho basta para que los jóvenes oficiales se persuadan del importantísimo papel que juega el terreno, no solo el muy limitado de los campos de batalla, sino el que pudiéramos llamar *extensión estratégica*, que abarca grandes comarcas, fronteras, costas etc., cuyo estudio nos es necesario para no marchar como fardos, sin saber dónde se nos conduce y sin poder instruirnos por falta de preparación, para deducir consecuencias, relacionando posiciones y hechos con los movimientos. El estudio de la Geografía Militar es utilísimo, debiendo complementarlo con el de la Historia para sacar el partido debido.

Los campos de batalla son todos diferentes en su estructura, porque no existe uniformidad en la configuración de los terrenos. La clasificación que se hace de ellos en llanos, montuosos etc. no dá más que una

idea general y muy remota, y como su variedad, aún dentro de los grupos de clasificación, es infinita, no son posibles reglas que necesariamente serían modificadas por los accidentes que en cada caso surjan presentados por enemigo, por construcciones civiles ó por agentes naturales.

Es inútil dictar éstas reglas, porque, aún leídas con todo cuidado ó estudiadas detenidamente, no se sacará fruto, sirviendo su estudio nada más que de mortificación sin adelantar cosa alguna.

La configuración del terreno, para los fines tácticos, se estudia en el terreno. Recorriendo muchos y haciendo trabajos topográficos, es como únicamente puede llegarse á lo que se desea, que es, *presumir, con probabilidad de acierto, como será lo que no se vé, á juzgar por lo que es lo que pisamos dentro de nuestra acción y la del enemigo en el campo táctico.*

El estudio y la práctica de la topografía es tan importante, que en muchas ocasiones evita el recorrido del terreno y su reconocimiento, si tenemos planos y estamos en disposición de leerlos y entenderlos. Ellos nos dirán cómo son las posiciones del enemigo,

nos harán adivinar la situación de sus fuerzas, los obstáculos que tendremos que vencer para acercarnos á él, qué posiciones debemos ocupar anteriormente, cuál es su campo de acción, el nuestro, dónde podremos estar á cubierto de sus fuegos, cuál será la mejor situación para nuestro material para que sufra menos, qué posiciones son abordables, y hasta podremos calcular á qué fatigas estarán expuestas las fuerzas del ataque por las pendientes que tengan que dominar.

Estos estudios están completamente abandonados en los cuerpos, mejor dicho, nunca han podido hacerse, y parece que es llegado el momento de darles la importancia que tienen; ya es hora de cambiar de rumbos y de orientación en el estudio de la táctica.

No se necesita para ello más que voluntad, deseos de trabajar y constancia, porque tenemos lo suficiente para salir airoso en este empeño; todo consiste en que lleguemos á estimular á estos jóvenes induciéndoles al trabajo con nuestro ejemplo, para que den cuanto puedan dar, que es bastante, si despertamos los conocimientos que tienen y

que están como dormidos y expuestos á perderse. No permitamos que suceda en ellos lo que los acontecimientos políticos y las necesidades de las campañas han impuesto que ocurra en nosotros, y habremos prestado al ejército y á la Patria tan buenos é importantes servicios como en los combates.

El llegar á esto que parece difícil, es sencillísimo. En todos los cuerpos hay oficiales y jefes que pueden levantar planos de los terrenos que rodean las localidades en que están las guarniciones. La falta de práctica hará que los primeros trabajos sean defectuosos, pero se adelanta rápidamente en esto, pudiendo prescindir en la mayoría de los casos de instrumentos de precisión, porque su índole no requiere gran exactitud. Un podómetro, una brújula, un barómetro de bolsillo, una mira y algunas banderolas bastan para alcanzar lo que se desea, supliendo con facilidad, al poco tiempo de práctica, lo que no se tenga.

Obtenido el plano, ó un buen croquis, se analiza, se estudia para formarnos idea de la configuración del terreno que quiere representar, y persuadidos de su conocimiento, se le somete á estudio bajo el punto de

vista militar, consistiendo este en el examen minucioso de las posiciones susceptibles de buena defensa, de las no abordables, de las avenidas, de los terrenos que quedan á cubierto de los fuegos, espacios muertos, zonas peligrosas, crestas militares y todo lo que puede tener relación con el ataque ó defensa.

Conocido de esta manera, viene la aplicación teórica, que consiste en la resolución de problemas de ataque y defensa, huyendo de exageraciones que á nada conducen, dando proporciones modestas á las fuerzas que hayan de desempeñar uno ú otro papel.

En la mayoría de los casos podrán plantearse los que correspondan á sección, compañía y batallón, dividiendo el terreno en el plano en zonas proporcionadas á la extensión que ocupa y necesita para el combate cada una de esas unidades, y, una vez resueltos y discutidos, se practicarán con las fuerzas en el campo objeto de estudio, con fuegos figurados y mejor con cartuchos de instrucción. Cuando se hayan practicado varios de estos ejercicios, se puede pasar adelante haciendo intervenir otras armas, ficticia ó realmente.

El sistema puede adolecer en su último periodo de cierto amaneramiento, porque cada cual conoce los pasos que ha de dar, pero téngase presente lo que con él se iría adelantando hasta llegar al final y en él.

El plano, aunque esté bien hecho, no es el terreno; las dificultades se presentan en este; con la vista, y sobre el papel ó pizarra, se salvan con facilidad toda clase de obstáculos; en la práctica no sucede así. Un accidente que apenas tiene indicación en un plano, se convierte en obstáculo imposible de vencer en el terreno, y los oficiales se acostumbrarían con esta experiencia á leer bien y tener muy en cuenta esas indicaciones, apenas perceptibles en el papel, y que son importantísimas para la táctica. Además, la serie de operaciones y de conferencias necesarias para llegar al final, les daría hábitos de estudio, haciéndoles pensar en éstas cuestiones, familiarizándose con ellas, saliendo de la rutina que tantos perjuicios nos ha causado.

Cuando se haya alcanzado esta instrucción, se puede pasar á la segunda parte, que es la más importante, y consiste en el combate de fracciones ó unidades, en tal

forma, que ninguna de ellas pueda presumir dónde se ha de verificar el encuentro, mandándolas por caminos diferentes, dejando á cada comandante de fuerza la libertad é iniciativa que necesite para desempeñar el papel que se le asigne. Un jefe debe acompañar á una de las fuerzas, pero sin mezclarse para nada en las disposiciones que crean necesarias, ó que se tomen, sin serlo, por los comandantes de las unidades, y, una vez terminada la operación y sobre el terreno, dirá á cada uno las faltas que se han cometido, reservando para el cuartel la discusión ó aclaración del concepto erróneo, si lo ha habido.

Si la fuerza de los cuerpos permitiese ejecutar la maniobra y combate anterior por batallones, conseguiríamos jefes y subordinados ponernos en disposición de sacar mucho partido de las grandes maniobras anuales.

Abandonemos de una vez ese sistema que llamamos ejercicios; tomemos de él lo que tiene de útil, que consiste en darnos á conocer las formaciones tipos para practicarlas con orden y rapidez y, además, la influencia que tiene para la pronta obediencia y para disciplina de las tropas.

Pasar de esto, dedicarnos uno y otro día á la transformación de la masa en columna, de esta en la línea, despliegues, repliegues, sin método, plan ni supuesto alguno, aburriéndonos y aburriendo hasta á los espectadores, podrá ser muy bonito, muy cómodo, pero de ningún provecho.

Existe una preocupación que á nuestro juicio se debe combatir. En los cuerpos, y aún fuera, se dá una importancia capitalísima á pasar con suma rapidez desde cualquier formación á la disposición tipo de las fuerzas en combate, y el hacerlo así, no mirando á más finalidad que á la prontitud, conduce á situaciones anómalas para las fuerzas, de ninguna aplicación, y en contraposición con todo principio y regla de táctica. La rapidez es muy buena en la maniobra que precede á la ocupación de posiciones para llegar á ellas antes que el enemigo, para tener tiempo de practicar reconocimientos, estudiar el terreno que se tiene delante, para el despliegue de las grandes unidades etc.; pero exigir esa rapidez en la compañía para transformarse, no nos parece conveniente. Lo que necesitan los capitanes es mucha calma, aunque hayan

de obrar con rapidez para situar bien sus soldados, para que puedan causar el mayor daño posible al enemigo, y esto se consigue *haciéndose cargo, dándose cuenta* del terreno y del estado de sus tropas y no mirando únicamente á acabar pronto el movimiento; debe acabarse lo antes posible, sí, pero anteponiendo á la rapidez la buena colocación de su compañía. Pueden presentarse situaciones en que el desplegar con prontitud sea necesario, indispensable, pero esto no debe mirarse como el caso general, sino la excepción: el caso general es tener tiempo y estar en situación de acoplar bien esas pequeñas unidades.

Todo lo que no sea adaptar los movimientos y maniobras al terreno, á las armas y á los hombres, es tiempo perdido; es nada más que acercarnos á lo que hacen los comparsas mejor que nosotros, porque lo tienen más ensayado, en cualquier escenario teatral.

Dejémonos de convencionalismos y llamemos á las cosas por su propio nombre, para no engañarnos y para que, conociendo la verdad y proclamándola en toda ocasión, procedamos con arreglo á lo que ella

pide, para que rindamos lo que como militares debemos, á nuestro Rey y á nuestra Patria.

Las relaciones entre las armas y el terreno son también íntimas y deben estudiarse, por que al segundo lo utilizamos como arma defensiva cuando por su configuración nos permite preservarnos de los proyectiles enemigos, y como ofensiva cuando facilita la acción de nuestras armas y es susceptible de ponernos en condiciones de sacar de ellas su máximo efecto. Debemos, en su consecuencia, conocer cómo se proyectan los haces de trayectorias en terreno horizontal y de pendientes conocidas, qué figuras afectan, qué extensión comprenden, cuáles son las zonas más peligrosas en el que debemos recorrer cuando estamos expuestos á recibir fuegos de diferentes posiciones, para eludirlos y elegir la dirección más conveniente ó menos mala para nuestro avance; y como cada Jefe de unidad grande, mediana ó pequeña, no ha de tener detrás un mentor que le indique lo más oportuno en cada caso, se hace necesario que estos conocimientos sean generales, que los posean todos los oficiales, pues á

ellos, principalmente á capitanes y subalternos, les incumbe esta parte del servicio, en atención á que las órdenes que reciban, serán para la ejecución y rara vez se les indicará la forma en los campos de batalla, porque esta les pertenece por corresponder á su iniciativa, y porque el Jefe no puede abarcar todos los accidentes y detalles que deben dominar cada una de las unidades que constituyan el conjunto de sus fuerzas; bastante hará con dirigirlas dejando que la ejecución y el mando la realice y lo ejerza aquél á quién corresponda.

Estos conocimientos olvidados de puro sabidos, y permítase la frase, parece que debiéramos refrescarlos, ocuparnos continuamente en ellos en las conferencias y en nuestras conversaciones, tratándolos como lo que son, cuestiones de actualidad que nunca pasa, para fomentar la afición al estudio y para trazarnos línea de conducta en las circunstancias que pueden venir, y que, vengan ó nó, debemos esperar.

No es argumento en contra lo que pasa por la imaginación de algunos y que exponen diciendo que en los combates no son posibles las reglas y procedimientos que dí-

cen los libros ni las que se deducen de las experiencias; esto es un error. Entre la teoría y la práctica hay enormes diferencias, nadie lo duda; pero sin la teoría estarían los conocimientos humanos en un grado de atraso que no podemos concebir, sin excluir los que se refieren á la guerra, que participa muy directamente de todos. El estudio de la teoría nos dá el sentimiento de la verdad y su posesión en abstracto; la práctica confirma siempre el conocimiento teórico, aunque en ella haya las pérdidas necesarias para vencer las resistencias de la inercia en la materia y de los rozamientos á que dá origen, pero éstas pérdidas nada dicen en contra de la verdad, en contra de la teoría; al contrario, la confirman. Por otra parte ¿no estamos proclamando, y con razón, la necesidad de que los ejércitos tengan base permanente y que cada país debe sostener continuamente el mayor número de combatientes que permita su capacidad económica para instruirse y hacer frente á las contingencias que se pueden presentar? Pues si prescindimos del estudio, si no nos preparamos moral y materialmente para llenar nuestra misión, cae por su base la ra-

zón de nuestra existencia, porque podríamos ser substituidos facilmente.

Creemos, en virtud de cuanto se ha expuesto, que no damos en táctica la instrucción racional que debe darse á las tropas y á los oficiales. Se han opuesto á ello causas importantísimas que han debido tener en cuenta los elementos directores del Ejército cuando no han podido dominarlas: razones económicas, políticas y sociales lo han impedido. Quiera Dios que mejoren las circunstancias, ya que nuestros Jefes no carecen de voluntad, de inteligencia, patriotismo y desinterés hasta el sacrificio, si es necesario, para servir á la Patria.



Capítulo V.

ARTE MILITAR

Es otro de los epígrafes para la calificación de oficiales.

Arte militar, Arte de la guerra, Ciencia militar, Ciencia de la guerra, son cuatro expresiones que en el sentido en que generalmente se emplean, encierran un solo concepto, que es el conocimiento de cuanto se refiere á los ejércitos en paz ó en guerra.

Mucho se ha discutido acerca de la propiedad y exactitud con que cada una de ellas puede expresar lo que se desea, no existiendo común sentir en la apreciación. Según unos, la expresión arte militar es la que debiera emplearse, porque se trata de la organización de los ejércitos en todos sus ramos, en tiempo de paz para la guerra, y porque tienen vida propia y misión importantísima aún en la paz; otros, que no admiten más misión ni finalidad que la guerra, pues todo cuanto se relaciona con aquellos ha de estar estudiado y preparado para ella, consi-

deran más apropiada la expresión arte de la guerra que arte militar.

Mayores discusiones ha producido la clasificación de arte ó ciencia para los conocimientos militares, resultando opiniones tanto más separadas, cuanto más se diferencian los puntos de vista de donde se tome la cuestión; pero parece que aquí hay ya conformidad, siendo la opinión general que es ciencia cuando investiga principios, y arte cuando les dá aplicación.

No es este sitio apropiado para analizar estas cuestiones y discutir las, porque á nada práctico nos conduciría hacerlo para los fines que perseguimos, limitándonos á recibir como bueno el concepto que encierra el epígrafe **En Arte Militar**, por ser el que oficialmente está consignado en las hojas de servicios de los oficiales para su calificación y porque sirve para nuestro objeto.

El arte militar abarca cuanto al ejército se refiere, lo mismo en su organización que en su administración; tanto en logística como en táctica; comprende la ciencia del ingeniero y del artillero; la balística y la fortificación; la industria militar y las construcciones; las vías de comunicación y las

máquinas; los servicios en paz y en guerra, en el movimiento ó en el reposo, y, en una palabra, es el conjunto y acertada aplicación de los conocimientos militares y del material.

Nada hay más extenso, más dilatado y de más ramificaciones. Las ciencias matemáticas en sus fundamentos y en su última palabra, las físico-matemáticas, las morales, las sociológicas y psicológicas lo inspiran, sacando de ellas principios para la formación de este mundo aparte que se llama Ejército, que, viviendo en la sociedad común, debe ser la resultante del saber y de las energías con que cuente una raza para convertirse en lo que debe ser y representar con exactitud; la fuerza de ella, su virilidad, su potencia. Por eso utiliza las producciones, las industrias, las manifestaciones del saber humano, porque necesita de todo para llenar sus necesidades este exigente arte.

No tiene tal extensión el alcance con que se emplea el epígrafe para la calificación de oficiales, pero sí la suficiente para que den á conocer sus aptitudes y su instrucción en asunto tan importante. La calificación

debe versar sobre los conocimientos que tienen, ó que deben adquirir, acerca de lo que es en sí la guerra en general, de las diferentes clases de guerra, de su clasificación, de la política más conveniente á cada una de ellas, fijándose en las civiles, ya que para nuestra desgracia las hemos padecido con tan desconsoladora frecuencia, analizando sus causas, los procedimientos seguidos para terminarlas, sus resultados, lo que han influido en la organización del ejército, en su estado actual, en su personal, para ir adquiriendo conocimientos político-militares, muy útiles siempre, y que deben mirar como preparación para el desempeño de mandos superiores cuando por su antigüedad y méritos los alcancen.

La historia militar ayuda para el conocimiento del arte militar, pero téngase presente que se ha perdido mucho tiempo estudiando las campañas de griegos y romanos: es de creer que enseñan poco en el estado actual del arte, aún suponiendo que su descripción se haya hecho por coetáneos, y no siglos después de verificarse.

En nuestras campañas de Italia, en las de fin del siglo XVIII y en las del XIX, propias

y ajenas, hay enseñanzas suficientes para nutrir el espíritu mejor templado, para adquirir provechosos conocimientos y alcanzar buen grado de cultura. Nuestro estado social, la civilización que ha alcanzado la humanidad, las armas, vías de comunicación, elementos y recursos con que cuenta, son completamente diferentes de los que conocieron otras edades, y como la guerra es la aplicación de los elementos de destrucción que se poseen en un momento dado, y como su variedad es suma en el número, y mayor cuando se combinan, parece que á lo que consideramos presente, á su conocimiento y dominio, debemos dedicar nuestras facultades, dejando para lo pasado nuestro respeto, nuestra admiración para aquellos hombres y aquellas generaciones que con su ciencia, con sus trabajos y sacrificios y con sus luchas nos han legado la fortuna que hoy administramos, mejorándola si podemos, para transmitirla á los que nos sucedan, deleitando nuestro ánimo y fortaleciéndole en la consideración de las virtudes que adornaron á aquellas grandes figuras, jalones de la humanidad, cuyos nombres significan profundas revo-

luciones en el arte, para venir por una serie de ellas al estado en que nos encontramos.

Nuestros estudios en arte militar deben dirigirse al conocimiento perfecto de nuestra organización, relacionándola con la que el Ejército debiera tener en función de la capacidad del país para sostenerla. Este estudio es difícil, pero debe hacerse, porque no hay organización buena cuando no está ajustada á la resistencia económica y social del pueblo donde se implante.

En esto, como en todos los ramos de la administración, debe haber estable equilibrio, y más aquí que en parte alguna, porque, el faltar á sus leyes, es exponerse á dejar de ser. Creer que los militares no debemos ocuparnos en cuestiones semejantes, es crasísimo error: tenemos el deber, la obligación imprescindible de ser los centinelas avanzados que dan la voz de alarma cuando los recursos que se facilitan al Ejército no son los suficientes para que pueda cumplir con sus deberes. Las deficiencias que se observan por falta de recursos, deben ponerse de manifiesto para el remedio; se debe luchar para que se conceda lo necesario y se le ponga en camino del sacri-

ficio en buenas condiciones para que la Patria saque de él algún fruto. Siempre sumiso, siempre respetuoso con los poderes establecidos, siempre dispuesto á derramar su sangre por ellos y por mantener y cumplir sus juramentos, debe el Ejército pedir, como la ordenanza manda, *por su Jefe y con buen modo, lo que le es indispensable*, y cuando no logre la satisfacción á que se considere acreedor, resignarse y seguir cumpliendo en la mejor forma que pueda. Todo lo que no sea proceder de esta manera, es olvidar el deber en el primer caso, y, la no conformidad, es llamar el oprobio, la vergüenza y ruina sobre nosotros y sobre la sagrada majestad de la Nación.

No faltará quién piense ó diga que ni esto es arte militar, ni se le parece en nada. Respetamos desde luego el juicio y la expresión, pero tenga presente el que así piense, que el arte se ha de manifestar, ha de hacerse sensible en todos sus aspectos, siendo éste uno como otro cualquiera. Por otra parte, no se le sirve menos dedicándonos al conocimiento de lo que necesita y pidiéndolo para que pueda realizar sus propósitos. El desconocimiento, el olvido de la ne-

cesidad y el no gestionar lo conveniente, no pueden serle de utilidad ni con esto se alcanza para él servicio alguno.

La organización en los Ejércitos es su parte fundamental; no es posible plan ni acierto sin una buena organización. Por ella conocemos nuestra fuerza, y, estudiando nuestra situación, nuestras relaciones, lo que debemos esperar y temer, deduciremos nuestras necesidades.

Las concepciones estratégicas y la organización están íntimamente relacionadas. Algunos países, que tienen pendientes de solución problemas importantes, han subordinado la segunda á la primera, no para guerra inmediata, sino de un modo permanente, desentendiéndose de su potencia económica y de su capacidad para nutrir sus ejércitos. Es decir, que la organización la fundan en lo que creen indispensable para la consecución de sus fines, ó para vivir, haciendo abstracción de otro género de consideraciones é intereses.

El amor á su Patria les lleva á estos extremos, que, aunque puedan ser origen de males, no serán mayores que los que producirían en ellos la falta de patriotismo, el

abandono de los deberes, que, como ciudadanos libres, cumplen. Lo primero es vivir y para ello se necesitan fuerzas que aseguren el cumplimiento de las leyes que nos demos, para imponer respeto á los extraños y para que nos dejen usar plenamente de nuestra soberanía.

La movilización de los ejércitos es consecuencia inmediata de su organización; mejor dicho, en la buena organización entra como objetivo principal la pronta movilización de aquello que se organice. La formación de grandes unidades y su concentración, responde á las necesidades de las campañas, situación de fronteras, costas, puntos amenazados, correspondiendo á la extrategia determinar los lugares donde deben formarse y reunirse.

Las dificultades que surgen en las organizaciones no provienen de faltas en su concepción, sino de su ejecución. La finalidad de todas es pasar con rapidez del estado de paz al de guerra. Esto necesita adecuada preparación, experimentos, ensayos, y, cuando no se tienen, es cándido esperar resultados ni medianamente satisfactorios. Son muchas las entidades y personas que

directamente intervienen en la movilización y no dependen de un centro director del que reciban órdenes, sino de varios. Los Comandantes en Jefe de las Regiones, los de Ingenieros, Artillería, Subinspectores, los Jefes de Administración y Sanidad Militar, los de Cuerpos, de Regimientos, de Reservas y Zonas, la Guardia-Civil, Alcaldes de todos los pueblos, las Direcciones de las vías férreas, todos los Jefes de estación y empleados, tienen misión importantísima en la movilización; cuando no se ensaya, se olvidan las órdenes, por apremiantes que hayan sido, se oxidan las ruedas y no se alcanza el movimiento que se esperaba. Se imponen, pues, gastos para realizar esos ensayos que nos den á conocer lo que haya de defectuoso en la que poseemos, y tendrán acertada aplicación, serán útiles al Ejército y al país si se combina la movilización de uno ó varios de sus cuerpos con las grandes maniobras que ellos mismos deban verificar. El proceder de otra manera, el fiarnos en los estados de fuerza y atenernos á lo que en papel se nos dá, es conformarnos sencillamente con vivir desorganizados.

Hoy parece que toda buena organización

ha de tener por fundamento y base el servicio militar obligatorio. No podemos entrar en el análisis de esta solución: la aceptamos con entusiasmo, pero desconfiamos de nuestro estado de disciplina social, de que haya fuerza de voluntad, independencia, energía y, sobre todo, perseverancia para imponer á todos el cumplimiento del deber de servir personalmente á la Patria. ¡Dichosos los países que han logrado naturalizar en el pueblo el sentimiento de este deber y de hacerle que esté dispuesto á cumplirlo!

Por la organización se nutren los ejércitos en paz y en guerra, porque determina los contingentes necesarios para que los cuadros se instruyan durante la paz y se pongan en disposición de recibir los que tengan asignados en el de guerra, siéndole forzoso estudiar el sistema que debe emplearse para la creación y sostenimiento de las reservas con el menor gasto posible.

Debemos conocer, hasta en sus detalles, cuantas disposiciones existan en este asunto por las incidencias mil que suelen presentarse á las que en muchas ocasiones habrá que dar acertada solución, y en otras

resolver acerca de derechos muy respetables, ó por lo menos definirlos.

No podemos consignar aquí, ni siquiera en forma de índice, los conocimientos que deben tener los oficiales en arte militar. El hacerlo nos llevaría á dar á este trabajo extensión mucho mayor que la que nos proponemos, y aspirar á una importancia que no puede tener por ser nuestro. En el reglamento de campaña y en las obras que sirven de texto en las academias, se encuentran claramente explicados con la extensión suficiente, pero debemos hacer constar que se califica en esto á los oficiales con la misma ligereza que hemos hecho notar anteriormente.

Las conversaciones que sostienen acerca de las campañas, la narración de los episodios en que han sido actores, los peligros á que se han visto expuestos, las privaciones y fatigas que han pasado, y que con orgullo recuerdan, y la práctica de todos los servicios al frente del enemigo, fomentan en ellos una saludable emulación que les instruye cuando hablan, porque relacionan los conocimientos teóricos con la práctica, perfeccionando los que alcanzaron en las Aca-

demias, participando de esta instrucción, no solo los que han tomado parte en nuestras recientes luchas, sino todos.

Esto, el atractivo que tiene lo que con el arte militar se relaciona, la variedad de sus servicios y el haberlos considerado como de mayor importancia, hace que casi todos los jefes y oficiales sepan proceder con arreglo á las circunstancias. Les son familiares los servicios de embarque y desembarque de fuerzas, los de las vanguardias, retaguardias, flanqueos y exploración; los de reconocimientos, los de ocupación de edificios, pueblos, vías de comunicación y su destrucción; los de destacamentos, pasos de desfiladeros, su defensa, conducción y seguridad de convoyes, construcción de atrincheramientos su ocupación y defensa etc; en una palabra, conocen bien las operaciones que se pueden hacer con sus unidades y las contingencias á que están expuestos en campaña.

Estos conocimientos no deben perderse, pero se perderán si los dejamos abandonados. Es muy sencillo el sostenerlos, porque no lleva en sí trabajo que no se haga con gusto. Dedicándonos á los reconocimientos

de todas clases, demos á los oficiales comisiones y medios para que las desempeñen, analizando minuciosamente los resultados que presenten y que manifestarán por medio de memorias y croquis, corrigiendo con dulzura lo que se encuentre defectuoso cuando se demuestre voluntad de querer instruirse, y reprendiendo severamente á los que por desidia manifiesten resistencias pasivas, que no se deben tolerar, ó no tomen esto con la formalidad y seriedad que el asunto requiere. Es seguro que sí obramos así, no solo conseguiremos la conservación de lo que existe, sino el adelanto progresivo; además alcanzaremos que los oficiales se estimulen para merecer los plácemes de sus jefes y su buen concepto, dando á éstos medios para consignar con conocimiento en las hojas de servicio las notas que los oficiales merecen.

El Arte militar debe sentirse más que otro alguno. El Jefe ú Oficial por cuya alma no pase algo al ver desfilan un batallón, batería ó regimiento; al presenciar una manobra y al leer ciertos episodios de las campañas; el que no se enorgullece con su profesión y no tiene á mucho honor pertene-

cer á su arma, llevando honrosamente su uniforme; el que permitiéndole su juventud trabajar é ilustrarse por el estudio prefiere, por su egoismo, la holganza y el embrutecimiento, consumiendo malamente los recursos de la Nación; el que, por no hacer nada, encuentra todo mal para disculpar su desidia é ineptitud; el que por tener propios elementos de vida mira la milicia como auxiliar suyo, sirviéndose de ella en vez de servir él á su país; los que hablan con desdén de asuntos militares, porque en su vida han llegado á conocerlos; los que continuamente muestran arrepentimiento de haber seguido la carrera sin acabar de arrepentirse y de marcharse á sus casas; los que no sueñan con días más felices para la Patria y con que se presente ocasión de prestarle servicios....., no sienten el arte; están incapacitados de disfrutar del placer inefable, superior á los demás, que proporciona el cumplimiento del deber; no pueden amar el arte, porque se aman demasiado á sí propios, anteponiendo su persona á toda clase de intereses y conveniencias. Éstos, aisladamente y en conjunto, son su negación, su entorpecimiento, la rémora

que, para su desenvolvimiento y desarrollo, tiene. No están bien en el ejército, porque han equivocado el camino que por su naturaleza debían seguir. En la industria, en el comercio hubieran adelantado más; hubieran tenido más tiempo que dedicar á su persona y á sus intereses, sin causar los males que produce su mal ejemplo. Es sensible que habiéndoles conocido el arte, y aplicádoles sanción penal en nuestras ordenanzas, puedan, estos ejemplares de lo malo, continuar viviendo dentro del ejército.

Aquí no debiera tener cabida más que lo que es útil, lo que trabaja ó está en disposición de trabajar por tener voluntad para ello, lanzando, sin contemplaciones y sin compasión, fuera del ejército á cuantos no se sientan bien en él, á los que rehuyan las fatigas ó molestias que el servicio puede proporcionarles, á los que afectan desprecio para las cosas militares, porque su permanencia entre nosotros significa enervamiento, falta de espíritu, y acusa gran debilidad el que vivan dentro de la profesión, para aprovechar sus ventajas, los que no hacen por ella más que perjudicarla.

Jóvenes subalternos: considerad la misión que desempeñais como un sacrificio continuo; consideraos sacerdotes de una santa religión, cuyos ideales son el amor á la Patria y su engrandecimiento: tened presente que inspirándoos en ellos, servís también á Dios; que la religión que determinan nuestros deberes para con El, no es opuesta á la que determina los que tenemos para con la Patria; que ambas religiones, distintas en la forma, son una en esencia: que sus marchas deben ser paralelas, porque las dos buscan nuestro perfeccionamiento y la salvación de la vida en lo eterno una, y la conservación de la vida de la Patria, ó sea hacerla también eterna, la otra.

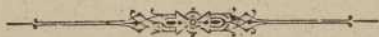
No materialiceis en cuestiones militares; la mejor escultura es barro endurecido, y un mal lienzo el mejor cuadro. Solo esto encontrará el que descienda á la materia; pero el que prescinda de ella y sepa apreciar las formas, ó haya en su ánimo cultura suficiente para sentir, no verá la materia, sinó la perfección de una obra humana que le inspira sentimientos que le acercan á la divinidad, ó la lucha de pasiones, ó la representación de otras edades á las

que asiste transportándole á ellas ese lienzo despreciable. Esto mismo ocurre en la milicia: si descendéis á la materia, todos somos hombres, todos somos iguales; los galones de estambre, de plata ú oro..... todo es materia despreciable; las formas amaneradas, rígidas, ridículas, si así lo quereis, pero no veais en esto más que la materia, el barro ó el lienzo indispensable para hacer la escultura y el cuadro; mirad, como en aquellos, al conjunto, y pronto se os destacará para hacerse sensible y visible el ejército, su poder, su misión civilizadora por excelencia, la garantía de las sociedades para vivir, para ser y para perpetuar su existencia, sintiéndooos orgullosos porque os considerais parte integrante de él, quizás la principal, para que realice su misión por lo que sois y por lo que estais en disposición de ser.

Este es el verdadero sentimiento del arte militar. Se alcanza con la lectura de la historia y amando sobre todo á la Patria, y se practica cumpliendo en toda su extensión con nuestros deberes y juramentos.

¡Nuestros deberes! ¡Querer que vivas, Patria adorada, es el deber de tus hijos pa-

ra que duermas tranquila! ¡Cumplirán con su deber! ¡Quieren que vivas y esto basta para que atraveses majestuosa el tiempo, porque ellos, con su sangre, asegurarán tu lugar en el espacio!



Capítulo VI.

DETTALL Y CONTABILIDAD

No hay organización posible sin una buena administración. La mejor fracasa cuando los recursos que la Nación facilita no tienen la aplicación debida. Basta enunciar esto para persuadirnos de su exactitud y para que comprendamos la importancia de la administración en la milicia; de la Administración Militar. Atiende á nuestro sustento, al material y al movimiento; nos pone en disposición de resistir las fatigas y de combatir; nos proporciona los elementos de destrucción que al frente del enemigo necesitamos; atenúa, con sus medios, los males que se nos causan y repone lo que queda inutilizado. Mientras combatimos, se ocupa en preparar los medios para que vivamos al día siguiente, para que marchemos, ó para que continuemos combatiendo; nos cuida para conservar la salud y, cuando se pierde, dá lo necesario para recobrarla. Significa la administración mili-

tar el torrente de recursos necesarios para que los ejércitos cumplan su misión, y su división en caudales de menor cuantía, hasta llegar á la destilación gota á gota en ellos, porque debe cuidarse de todos, lo mismo de los cuerpos de ejército, que de las más pequeñas unidades ó fracciones destacadas. Donde haya un soldado, allí debe llegar la mano, la providencia de la administración, si ha de responder á lo que le está encomendado.

Es fácil y sencilla su misión en la paz. Las pulsaciones de vida en los ejércitos son en ella isócronas, como el movimiento en los péndulos; no encuentra dificultad para llegar á todas partes; puede anticiparse á la necesidad y preverla; tiene los medios suficientes para atenderla y remediarla, y marcha bien, porque cuenta con recursos ya calculados, y, sobre todo, con el tiempo.

No sucede lo mismo en la guerra. Los movimientos de los ejércitos ó de las partes que los constituyen, son irregulares, imprevistos en ocasiones, y siempre obedeciendo á necesidades apremiantes. Los hombres, ganado y material de campaña cuentan con fuerzas propias para emprender las mar-

chas y las emprenden: la administración debe seguirles con recursos; falta generalmente tiempo, y esta falta se compensa con exceso de trabajo. Se conceden facultades discrecionales á la administracion en tiempo de guerra, pero se le pide más de lo que puede dar. Las deficiencias que se observan en los ejércitos producidas por economías introducidas ó por haber considerado secundarios, y por consiguiente de poco valor, los servicios que debían dotarse, y que han quedado abandonados, se quieren remediar en pocos instantes, acudiendo al socorrido expediente de dar órdenes que no se cumplen por buena que sea la voluntad. Se pide mucho, se exigen imposibles, con la frase *sáqueló V. de donde lo haya*, no habiéndolo en parte alguna. La administración militar es la víctima en los ejércitos en tiempo de guerra. Si son victoriosos, se olvidan facilmente las críticas de que ha sido objeto, con fundamento ó sin él, durante las operaciones, por faltas que haya ó no cometido, y si vencidos, entonces la administración carga con responsabilidades tan abrumadoras, que parece que ella ha sido la sola y única causa de desastres y desdichas; que ella ha iniciado

la campaña y dirigido los ejércitos; que ha concebido los planes de operaciones, que ha influido en las decisiones, en fin, sobre la administración refluye todo lo malo, hasta el lodo que se revuelve y que salpica el uniforme honrado de hombres dispuestos al sacrificio. Hombres son los que constituyen esos distinguidos cuerpos de administración militar en todos los países; habrá entre ellos (quién lo duda) alguno ó algunos individuos dispuestos á mancharse; Pero en qué corporación no existe un espíritu malo? ¿Puede alguna decir yo soy perfecta? Honrada es la administración militar; lo que hay es que no tenemos en cuenta, que no queremos analizar ni discutir las verdaderas causas de los desastres, y, como ciegos, distribuimos golpes y golpes, sin saber si se dán con razón ó sin ella, unas veces á las personas y otras á corporaciones; ensalzando hoy lo que se ha de deprimir mañana, vamos, poco á poco, destruyendo prestigios é inutilizando personas y organismos que son necesarios, indispensables para la vida de la Nación. En Rusia, en Turquía, en Italia y Francia ha sido ese cuerpo traicionado lo mismo que en España, y es que, cuando

el mal se produce, todos somos iguales: se buscan las causas donde sabemos anticipadamente que no están, y para ello agrandamos los defectos que se hayan observado convirtiendo detalles, que pueden ser insignificantes para el conjunto, en enormidades que forja nuestra imaginación, pintando á soldados y oficiales muertos de inanición por la avaricia, por el robo. Ni aquí ni en esos países ha ocurrido semejante cosa: la guerra gasta rápidamente las energías, según hemos visto anteriormente, y en las campañas que recientemente hemos sostenido, nuestro enemigo principal han sido las calenturas producidas por aquellos climas, aquella vegetación y aquellos terrenos no saneados con el sudor y el trabajo del hombre.

Nuestro cuerpo de administración militar ha cumplido con su deber; se han visto jefes y oficiales en puntos de peligro, en los hospitales afectados de nuestras mismas dolencias, morir conduciendo convoyes bajo sol abrasador, llevar cuenta y razón de todo, improvisar elementos y recursos y contribuir cuanto han podido para proporcionarnos bienestar ó facilitarnos la vida.

No creo que se miren las líneas anteriores como ajenas al espíritu de este trabajo: es muy conveniente que conste lo que se expone en ellas, porque, sobre ser lo justo, está el ejército interesadísimo en que todos sus cuerpos é institutos aparezcan limpios como están, y la Administración Militar es uno de ellos, y muy importante por cierto.

Dos grandes servicios llena la administración militar: el de Intendencia y el de Intervención. La primera adquiere y administra; la segunda fiscaliza. No podemos entrar aquí en el análisis de las funciones de una y otra. Hasta ahora han vivido reunidas estas dos grandes agrupaciones; parece que se tiende á dar, á una y otra, vida independiente, con lo que se cree mejorarán los servicios.

Las relaciones de los cuerpos con la administración militar se refieren á sus dos servicios de intendencia é intervención. De la primera recibimos lo que tenemos asignado; la segunda nos ajusta, fiscaliza, é interviene nuestras cuentas. El documento base de toda reclamación es el extracto de revista, que, liquidado por la intervención, determina las cantidades que nos corres-

ponden, y percibidas por los cuerpos, por medio de sus Habilitados, ingresan en las Cajas, empezando aquí la Contabilidad y Detall interior de ellos.

No nos atrevemos á decir que la administración dentro de los cuerpos sea perfecta, porque en todo cabe adelanto; pero sí podemos asegurar que en parte alguna se consiguen mejores resultados atendiendo á los recursos de que se disponen. Estúdiese la alimentación del soldado, su vestuario, la limpieza de los cuarteles, estados de sus almacenes, y los espíritus más exigentes verán como maravilloso que se haya logrado reunir tantos elementos y se atiendan y remedien multitud de necesidades con tan exiguo gasto. Una constancia, por nada interrumpida; la intervención de oficiales en conjunto y cada uno de ellos en todo asunto y momento; el interés que unánimemente se manifiesta por la alimentación del soldado, por su conservación y bienestar; la vigilancia que se emplea para que los fondos tengan la aplicación debida sin subtracciones ni filtraciones de ningún género, realizan este milagro. Los cuerpos pueden soportar en su marcha administrativa el

análisis más detenido sin temor á que se noten en ellos deficiencias que la afecten. Con orden y energía en la sucesión de actos, en exigir responsabilidades, y con honradez al adquirir, se ha conseguido la satisfacción interior que recomienda la ordenanza, al percibir cada uno lo que le corresponde, y con una bien entendida policía, con esmero en el cuidado de las prendas, con la economía que lleva en sí tal proceder, se vá logrando crear los almacenes que dan facilidades para vestir y poner en disposición de entrar en campaña á los contingentes que reciban los cuerpos al pasar del estado de paz al de guerra.

Entendemos que á éste más que á otros detalles, deben los jefes dirigir su atención y cuidado. El estado de los almacenes debe ser su constante preocupación. En ellos, más que en parte alguna, se manifiesta la buena administración é inteligente dirección en asuntos interiores, constituyendo su orgullo el ir aproximándose á lo que se debe tener. Las revistas semanales de ropa y armas son muy convenientes, porque siempre debemos conocer el estado de uso en que se encuentran las que al soldado se

le han entregado, pero la finalidad no pára en ese conocimiento; hay que relacionarlo con la limpieza con que viven, y, por lo tanto, con su higiene, para ver enseguida los almacenes donde se refleja lo conseguido por la policía y con la buena administración.

El alma de ella en los Cuerpos es el Comandante Mayor, Jefe de su contabilidad y del detall.

Es moral y materialmente responsable de que se desarrolle ordenada y metódicamente y de dar á sus operaciones las formas y formalidades que previenen los reglamentos. Obra con arreglo á ellos y á las órdenes de los Jefes principales, siendo él quien propone las soluciones convenientes cuando se presenten dificultades ó en casos no previstos. Dependen directamente de su mando los capitanes cajero, de almacén, los de compañía, en cuanto se relaciona con la contabilidad y detall de las suyas, el habilitado y los abanderados: todos reciben sus órdenes, y, desde su oficina, debe conocer, porque en ella radican los datos necesarios, cuanto al cuerpo concierne en su personal, en sus recursos y en su material. Sus funciones son importantísimas: son la confian-

za de los jefes principales, que carecen de tiempo para el exámen de los documentos que presentan á su firma: su trabajo es abrumador. Como el sistema de contabilidad está basado en la desconfianza, se multiplican, sin compasión, los documentos que se cree puedan probar algo anómalo ó irregular, ó se repiten algunos sin que se adivine con qué fin, no palpando en los cuerpos más que la mortificación que tanta repetición produce. Es frecuente que se faciliten á un mismo centro tres, cuatro ó más copias de un solo documento, porque en otras tantas mesas ó negociados hayan de verlos, resultando que el trabajo se complica en vez de simplificarse, como siempre pretenden y lo procuran los Generales y Jefes de dependencia.

Los capitanes de compañía conocen bien sus deberes, y los oficiales se imponen, poco á poco, en esta instrucción, pudiendo decirse que los servicios á que dá origen la contabilidad y detall están asegurados en su buen desempeño. Esto, no obstante, parece que debiera generalizarse lo que ya se hace en algunos Cuerpos, que consiste en que los subalternos se encarguen de la ad-

ministración de sus compañías, turnando por meses, bajo la vigilancia y dirección de los capitanes, por lo muy frecuente que en la práctica ocurre de encargarse del mando y administración de sus compañías. Haciéndolo así, se les darían medios para adelantar, para demostrar aptitudes, y á los jefes para poder conceptuar con arreglo á justicia.

No es baladí el asunto, tiene gran importancia: carece de justificación la aversión que se manifiesta por los trabajos de contabilidad; constituyen éstos un servicio que, como todos, honran al que los desempeña bien; pero además es el que produce resultados más inmediatos. La buena administración en los Cuerpos se vé dentro y fuera del Ejército; asegura el buen concepto para los individuos que le componen; hace que los recursos sean suficientes; con ellos se crean los almacenes, y, finalmente, es base para la regularidad y buena marcha en la vida, lo mismo en el Ejército que fuera de él. Por eso es tan necesaria la cuenta y razón, es decir el conocimiento y práctica del detall y contabilidad.

Donde no existe y se falta á lo prevenido,

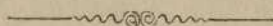
ó no se ejerce la vigilancia necesaria, se vivirá más ó menos tiempo, bien al parecer; pero en esta vida tranquila al exterior, existirán latentes gérmenes de descomposición, se aflojarán los lazos de la disciplina, no podrá el Jefe mandar con todo desembarazo, habrá un cierto malestar, porque no se considerará cada uno dentro de sus atribuciones, y, sin darnos cuenta, vendremos á una especie de complicidad en vez de relaciones definidas por la ordenanza y de la separación entre cada empleo, confundiéndonos todos. Esta confusión se manifestará por iniciativas inconvenientes, por palabras que, si en la forma serán respetuosas, en el fondo nó; por murmuraciones, y, finalmente, por una explosión que hará dudar de la honradez de todos, ó por un parte que la maldad ó el despecho dicte, base de una sumaria cuya conclusión no puede afectar á la honra individual y colectiva de los vocales de una junta, porque nadie se habrá manchado, pero demostrará que ha habido faltas, debilidad, poco celo en el cumplimiento del deber, ó transigencias indignas de nuestro carácter y condiciones, imponiéndose nos correctivos que nos quiten fuerza, concepto, y hasta la

aptitud para el mando sin haber cometido en lo moral falta alguna.

El carácter se manifiesta fácilmente con el inferior haciéndole cumplir con sus deberes, pero no consiste sólo en esto; tiene más completa manifestación cuando nos contentemos precisamente dentro de nuestras atribuciones, cuando damos á todo debida aplicación, cuando nos contentamos y vivimos con los recursos que se nos dán, sin procurar alcanzar otros á que no estemos autorizados, aunque sean, y siempre lo son, para el bien del soldado, y cuando con toda claridad manifestamos, donde sea preciso, si somos consultados, lo que se puede hacer y lo que no se puede.

• Huid, vosotros los que muy pronto habeis de sucedernos en los mandos de los Cuerpos ó que formais parte de sus juntas económicas, de todo acto que no esté prevenido en los Reglamentos: no acordeis gastos que ellos no autoricen, aunque los considereis muy convenientes en un momento; tened presente que á medida que os alejéis de él, os irán pareciendo menos necesarios y hasta los encontrareis supérfluos ó perjudiciales para la disciplina en muchas oca-

siones; no trateis de que el Cuerpo brille al exterior enseñando la mentira; procurad que la verdad se manifieste con la modestia que siempre la acompaña; pensad en que las verdaderas necesidades están atendidas, y que, cuando se presenta lo imprevisto, hay disposiciones que dán medios para atenderlo.



No continuamos, por ahora, analizando los epígrafes en Ordenanza y Procedimientos, porque la calificación de los oficiales en las materias á que se refieren, se verifica con el mismo desconocimiento y ligereza que hemos manifestado en los anteriores, y su análisis nos conduciría á repetir conceptos ya emitidos, haciendo más pesado este trabajo y de extensión mayor que la que nos hemos propuesto.

Creemos haber demostrado que para la regeneración del Ejército, para ponerlo en condiciones de realizar su misión, para que sea fuerte, para que responda á lo que el país debe esperar, hacen falta elementos, pero aún más, voluntad, energía, trabajo y perseverancia en todos, civiles y militares.

No nos engañemos; no nos disculpemos con escasez de recursos; con ellos puede remediarse algo, pero no todo, ni siquiera una parte importante: necesitamos otra cosa; necesitamos más; necesitamos que el país nos dé su calor, su vida, su consideración y respeto, siquiera para nuestros sacrificios para nuestras desgracias que son las suyas, para sus primeras víctimas, que en todas ocasiones hemos de ser nosotros.

Participa el Ejército, y debemos decirlo, porque es lo que sucede y lo que irremisiblemente tiene que suceder, participa el Ejército, decimos, del pesimismo que se ha apoderado de la sociedad, y como ésta no manifiesta entusiasmos por nada, como la indiferencia y el quietismo se han apoderado de ella, como carece de ideales limitándose á vida vegetativa que no quiere sea perturbada, como no vé en su Ejército la esencia de su sér, ni procura que lo sea, mirándole como una carga en vez de considerarlo como sostén sobre el que gravitan y pesan los deberes más penosos, no puede éste sustraerse á las influencias que en él ejerce tal estado, y padece enfermedad análoga á la que aqueja al país en general. Pa-

dece de inercia, de falta de ideales, de atención por alguna parte de nuestras clases sociales para lo que es su vida, su prestigio, su decoro, su preparación; no se cree, aunque lo sea, depositario de la confianza y de la honra nacional, porque á todas horas y en todas partes se le ha discutido, y esto le ha traído á la situación en que se encuentra. ¡Dios quiera que salgamos pronto de ella! ¡Tengamos esperanzas de que así sucederá! Nuestros Ministros de la Guerra trabajan sin descanso; ayudémosles trabajando también nosotros y habremos cumplido con nuestro deber, contribuyendo á la salvación de la Patria.



ÍNDICE



MATERIAS	PÁGINAS
Prólogo.	7
Capítulo I. Táctica.	37
» II. Hombres.	53
» III. Armas.	80
» IV. Terreno.	107
» V. Arte Militar.	127
» VI. Detall y Contabilidad.	146

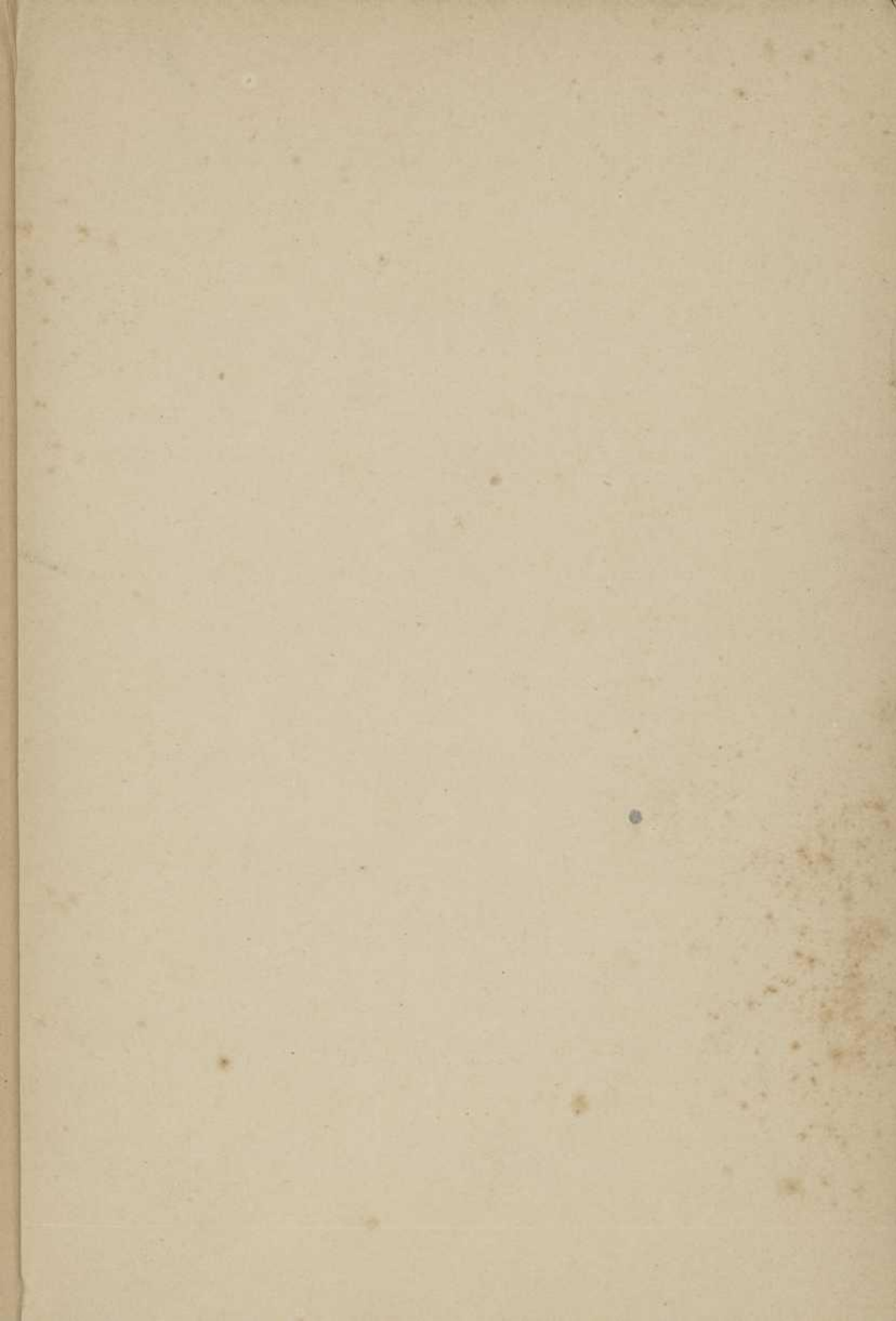


FÉ DE ERRATAS

Entre otras de menor importancia, y que el buen sentido del lector subsanará con facilidad, se han deslizado las siguientes:

<u>PÁGINAS</u>	<u>LÍNEA</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
43	13	en en	en
56	5	agotadas	agotados
75	20	instrucción	alimentación
83	9	tenga	tengan
134	15	la primera	las primeras
139	21	contigencias	contingencias
153	13	contigentes	contingentes





R
3204

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208062

R 003204

